CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, SETIEMBRE DE 1934

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

LA FUNDARON

Miguel Artigas. – Manuel Abril. – José Bergamín. José M.ª Cossío. – Manuel de Falla. – Alfonso García Valdecasas. – Emilio García Gómez. – Antonio Garrigues. – Carlos Jiménez Díaz. – Antonio de Luna. Juan Lladó. – Alfredo Mendizábal. – Eusebio Oliver. José M.ª Pardo. – José R. Manent. – F. Romero Otazo. – Eduardo Rodrigáñez. – José M.ª Semprún. Manuel Torres.

Director: *JOSÉ BERGAMÍN*

Secretario: *EUGENIO IMAZ*

Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

Ejemplar:
España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID
GENERAL MITRE, 5
TELÉFONO 17573


METAPHI
NATVRA
E·M·PH
C·SM
T
E·M·
D·T·
S·B·E·
T
P
CANONES
LEGES
MATEMA
N·A
T·P·
M·G·
RATIO
E·RHE·
T
L·C·G
REALIS
ACTIVA
LANI
ARMA
FACTIVA
THEATRI
MEDICI
VENA
AGRI
SPEC
FRAC
A·S·
HORTVS PHILO SOPHIAE

Sumario

LAS PLAGAS DE EGIPTO Y EL DOLOR, por Max Jacob.

FRAY LUIS DE LEÓN Y SU EXPLANACIÓN DEL SALMO XXVI, por F. Maldonado de Guevara.

FRAY LUIS DE LEÓN

(Traducción de F. Maldonado de Guevara.)

CRIBA

EL GATO ESCALDADO

UN TOMISMO VIVO – LO QUE ESTA PASANDO, por Julián Marías.

REPRESENTACIONES

QUIEN TE HA VISTO Y QUIEN TE VE Y SOMBRA DE LO QUE ERAS (Auto sacramental), por Miguel Hernández.

Las plagas de Egipto y el dolor



1. *UN POCO DE METAFÍSICA*

2. *DIOS*

3. *EL GÉNESIS*

4. *LA CRUZ*

5. *LAS PLAGAS DE EGIPTO*

6. *CONCLUSIÓN*

1

UN POCO DE METAFÍSICA

LA cantidad de espíritu esparcida por el Universo desde la muerte de Jesucristo es siempre la misma, pero su aplicación varía según las épocas. *No les hablaba más que en parábolas,* dice el Evangelio refiriéndose a Jesucristo. Hoy ya no se quieren más parábolas, no se quieren más cuentos, ni aun cuando sean verdaderos.

Si se le dice a un niño: *Irás al cielo,* el niño contesta: *La luz tarda siglos en llegarnos desde una estrella; ¿cómo va mi alma a subir tan alto?*

Se le dice entonces:

—Irás al infierno.

—Los geólogos no conocen nada en el centro de la tierra que sea parecido al infierno—contesta.

Pero el cielo no está tan alto ni el infierno tan lejos como parece. Muy bien pudieran hacernos

comprender los sacerdotes las superposiciones de estos mundos, sus osmosis recíprocas, y el límite que Dios le ha querido poner a nuestra vista. Todo lo que es parecido o de la misma esencia, se atrae. Todo lo que no es parecido, todo lo que no es de la misma esencia, se repele. Así se constituyen universos, al parecer incomunicados, y que, sin embargo, se comunican. Según el estado en que nos encontramos, nos acercamos a uno o a otro de estos mundos, y nos acercamos y nos alejamos a ellos sin que nuestra materia corporal se aperciba, o, al menos, en apariencia.

Pero ¿qué importa? La materia no existe; los filósofos y los sabios lo han demostrado perfectamente; y la distancia no existe tampoco en absoluto porque es una medida falsa basada en las necesidades del hombre: ¿y por qué no en las de las hormigas? Sólo las esencias existen; la medicina homeopática se basa en este hecho: y los magos y oculistas lo saben; los que buscaron la piedra filosofal inventaron la química moderna (esto es sobrado conocido). De este modo nos acercamos al cielo o al infierno según tengamos más o menos espiritualidad. El mundo cielo y el mundo infierno son esencias: si nuestra esencia es espíritu, somos atraídos por el mundo cielo; si nuestra esencia es

materia, nos atrae el mundo infierno. Y esto no solamente después de nuestra muerte, sino durante nuestra vida.

La prueba de que son nuestros sentidos los que nos separan de esos otros mundos es que, a medida que su fuerza disminuye, se acrecienta nuestra proximidad a ellos. Estos mundos están superpuestos, pero no alejados. Aproximarse a ellos es una cuestión de osmosis. Mientras dormimos, nuestros sueños, en cierto modo, nos llevan a esos mundos, porque, al no vigilarnos los sentidos, nos dejan paso franco. La acción de los anestésicos llamados tóxicos, precisamente porque matan en nosotros lo terrenal, es igualmente parecida a la de nuestro sueño. Nuestros sentidos son como el ángel de la espada de fuego que impedía la entrada al Paraíso a Adán y a Eva. Cuando nuestro espíritu está prevenido contra nuestros sentidos es cuando logra acceso al mundo del espíritu. Si nuestra carne no se preserva, de este modo, por el espíritu, vivirá en el dolor del mundo de la materia. La materia pertenece al demonio; y cuando Dios no defienda más esta pobre carne nuestra, el demonio la torturará; después de la muerte como antes. En cambio, las gentes del mundo del espíritu son perfectamente felices, aun hasta en los dolores exquisitos de su propia

sensibilidad. Dios nos ha enseñado a sufrir con complacencia, porque nos ha enseñado el gusto del sufrimiento.

Veamos cómo puede hablársele de todo esto a un hombre de hoy.

2

DIOS

Se le dice a un niño: *Dios tiene una gran barba y muy largos cabellos.*

–*¿Quién lo ha visto?*–responde.

–*Los santos.*

–*¿Y si eran unos locos?*

¿Por qué no se le ha de explicar a un niño que el espíritu puede vivir fuera del cerebro que le sostiene y que el cerebro participa solamente del espíritu por medio del mundo del espíritu?

Sueños, se nos dirá. Perdón; si una idea puede ser transmitida sin palabras ni señas de un interlocutor a otro; si podemos adivinar por intuición; si los hechos del hipnotismo y de la telepatía están reconocidos científicamente, es porque la idea puede vivir por sí misma durante todos esos, sus recorridos espirituales, independientemente. Todavía más.

Existen las ideas innatas y lo que se llama el instinto: el instinto de un niño recién nacido que busca el pecho de su madre y el hecho de que reconozca las figuras que le rodean. Si ciertas ideas o instintos son parecidos para todos desde el nacimiento, es porque forman parte de un tipo preestablecido del hombre o del animal. Existen fuera de él, viven por sí mismas.

¿Vive una idea? Vive y es una fuerza como todo lo que vive. Una fuerza puede ser más poderosa o menos poderosa que otra fuerza; y hay una fuerza que es la más poderosa de todas, a la cual llamamos Dios. Creo que Dios es eterno, no tiene principio ni fin. Pero no se trata con esto de hacer comprender a Dios, sino de probar su existencia, a lo cual no llegarían ni mis pretensiones ni mis propósitos por el asunto de este ensayo.

Pero advierto que si Dios es la fuerza más grande, tiene que ser la mayor bondad; porque la maldad va unida a la falta de satisfacción, y la fuerza no puede ser causa más que de satisfacción. La maldad es, por definición, aquello que quiere destruir, y ¿cómo la fuerza de haber construído puede querer destruir, puesto que ella es la fuerza más poderosa, es decir, aquella de la cual dependen todas las demás, la que las hace durar o las crea? Dios, siendo fuerte, no

puede menos de estar satisfecho. Y no puede ser más que bueno estando satisfecho, puesto que la maldad es la destrucción por el descontento. Es, indudablemente, por bondad por lo que Dios ha creado el dolor, puesto que Él no puede crear más que por bondad. El dolor es, por consiguiente, un bien.

3

EL GÉNESIS

Dios ha querido darnos el dolor porque sabe que no hay felicidad para el hombre fuera de sí mismo y que su única felicidad es la de poseerse a sí mismo. Todo lo que no es uno mismo, todo lo que no somos nosotros mismos, es decir, las riquezas, el deseo, las pasiones, las curiosidades, el influjo de los universos, las ambiciones, etc., son únicamente turbaciones, inquietudes, vacilaciones para el hombre. Pero la posesión de sí mismo, es decir, la posesión de su propio espíritu, de su voluntad propia, es, en cambio, una gran alegría, superior a todas. Dios también nos ha dado otras alegrías, que son las de la vida, alegrías impuras, inferiores, mezcladas. Pero ha creído que si logramos sustraernos a

estas alegrías, podremos llegar a alcanzar la más grande de todas, que es la posesión de uno mismo. Poseer a Dios es poseerse uno a sí mismo. Mejor dicho, no podemos poseer a Dios, que es tan distinto de nosotros, más que cuando nos poseemos a nosotros mismos. Somos el camino de Dios. Y para poseernos a nosotros mismos nos es necesario arrancarnos, separarnos de todo: y este es el dolor. El dolor es un mal necesario, puesto que es origen de nuevos bienes.

En ello está el verdadero sentido del *Génesis,* y también el de las diez plagas de Egipto, como trataré de explicar ahora.

Hay que considerar el Edén de Adán y Eva como las imágenes celestes de aquello a que el hombre debe tender por su propia naturaleza: inocencia y esplendor que están fuera de las intervenciones terrestres, es decir, demoníacas. Dios, en su bondad, quiso darnos las alegrías de la tierra; pero al darnos estas alegrías nos quiso dar también el medio de encontrar aquellas otras del espíritu y la alegría de poseerle. Y este medio es el dolor. Pero no se trata aquí de castigos. El cuento, tan auténtico y verdadero del *Génesis,* tiene un sentido oculto, y este sentido es la bondad de Dios que quiere darnos las alegrías de la tierra al mismo tiempo

que las alegrías de su posesión, y de este modo nos da la clave para que podamos pasar de lo uno a lo otro. El trabajo no es un castigo, es un medio. Hay que extenuar nuestra carne para conquistar nuestra alegría.

Ya he explicado en otra ocasión el sentido de la serpiente. La forma del espiral es la forma primera, primordial, de todo lo que vive; porque todo movimiento tiende hacia su centro en torbellino, del mismo modo que todo movimiento es atraído hacia el centro de los torbellinos vecinos, de donde resulta, evidentemente, un espiral. La serpiente tiene la forma de un espiral. He señalado la serpiente en todas las mitologías. En China se les enseña a los niños que el mundo es una bola dividida por un espiral. La serpiente es tan clara imagen de la vida universal, que Moisés, que tanto profetizó a Jesucristo, mil quinientos años antes de su venida, construyó y levantó la serpiente de bronce para anunciarnos que la vida terrestre se salvaría por la venida de Jesucristo, el cual debía aumentar la cantidad de espíritu esparcido por el Universo, mezclándolo con su propia sangre, que es espíritu. No hay que insistir ya más en esto. Trabajo y dolor son, pues, la puerta del espíritu.

4

LA CRUZ

La Cruz tiene el mismo sentido.

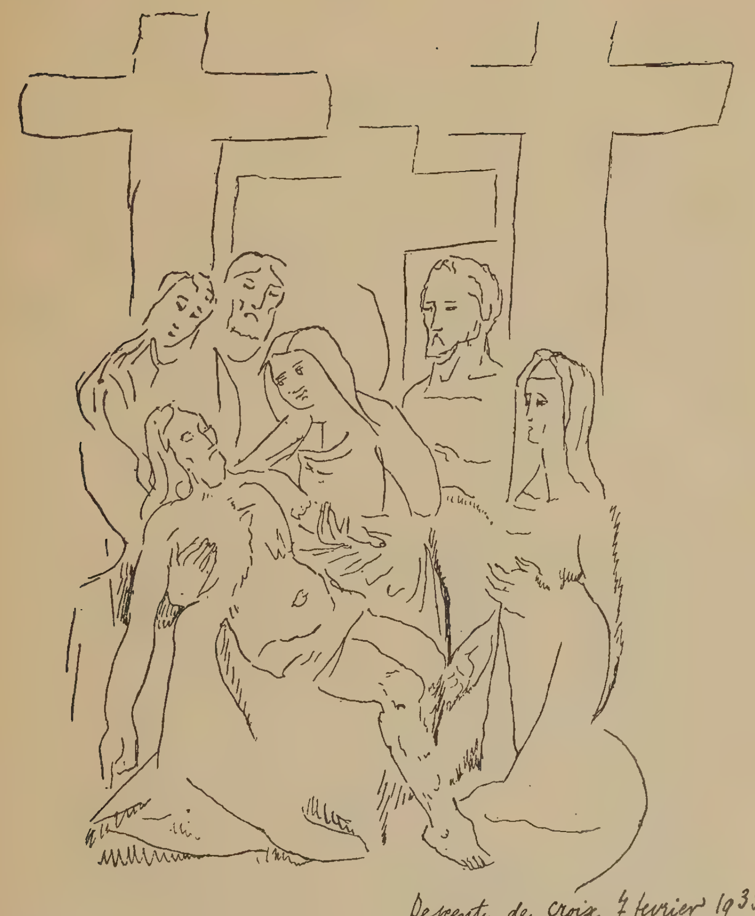
El madero transversal representa los mundos de los cuales formamos parte. Todos esos mundos con sus comunicaciones, sus tentaciones; con todo lo que invade nuestra alma, nuestro cuerpo, nuestro espíritu; con todo lo que turba la serenidad o la posesión de nosotros mismos; todo eso es lo que no quiere Dios, el cual no nos pide más que lo que somos: nuestra alma, nuestro individuo, nuestra salvación.

El madero vertical representa, precisamente, todo lo contrario: que es lo que Dios ama. El madero vertical es el hombre verdadero, el hombre que ha triunfado de sus herencias, de las influencias siderales o astrales que llevaba consigo desde su nacimiento. Lo que Dios quiere de nosotros es que nos esforcemos por escapar a esas predestinaciones, y que conociendo su voluntad, según sus Testamentos, nuestro libre albedrío se aplique con ello a lograr la conformidad de nuestras costumbres con nuestros pensamientos. He aquí lo que significa el madero vertical de la Cruz. Unicamente

despojándonos de todo muy a fondo, muy hondamente, encontraremos nuestro *yo* lo bastante desnudo para que pueda agradar a Dios. Y aun así, despojados de todo, y por más despojados que estemos, todavía estaremos siempre demasiado sometidos a la naturaleza, que es el demonio, puesto que es la materia.

Sin embargo, la Cruz fué llevada, sostenida por Jesucristo, y ella misma llevó y sostuvo a Jesucristo; esto nos enseña que no debemos olvidarnos, al ser hombres, que lo somos según Jesucristo y como Jesucristo. Hombres, es decir, puro amor, pura caridad. Y no debemos caer con esto tampoco en el charlatanismo del estoicismo griego, ni mucho menos en el innoble faquirismo oriental. Debemos seguir siendo siempre humanos, accesibles a todo lo que es del hombre, indulgentes con los pecados e incluso con los pecadores, gustando las alegrías de la tierra sin apartar los ojos del que nos las ha dado.

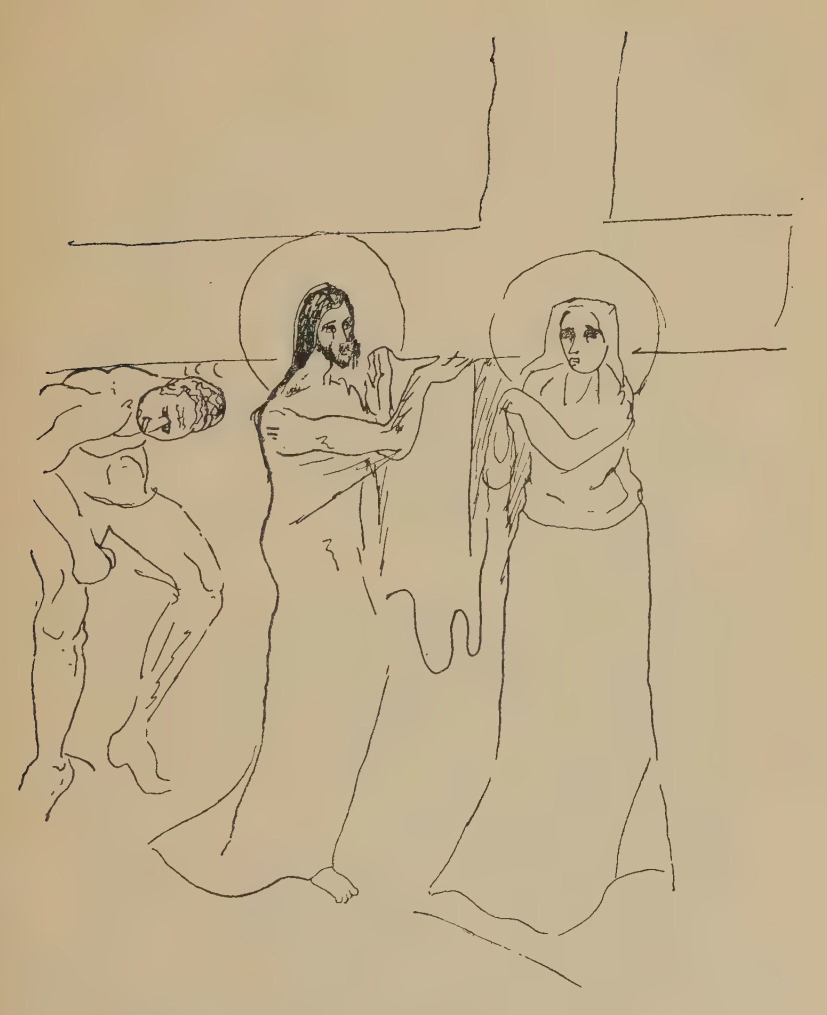
La Cruz acompaña a Jesucristo – decíamos – y Jesucristo acompaña a la Cruz. Simón de Cirinea, que personifica la humanidad, lleva la Cruz de Jesucristo y nosotros debemos ser como Simón el Cirineo. Nosotros sustituímos a Dios en el dolor que purifica. Santa Verónica empapó la sangre de Jesu-



Descente de croix 7 fevrier 1933
Max Jacob delineavit

cristo y Jesucristo le dió la imagen de su faz, en réplica que, como enseñaré algún día, es el símbolo del espíritu creador, el cual no se halla sino en el camino de Dios y en el encuentro del amor y del dolor. Santa Verónica debería ser, por esto, la patrona de los artesanos y de los artistas. Jesucristo, llevando la Cruz, se encuentra a la Virgen, porque es por la Cruz, humanizada con su presencia, por la que Jesucristo coincide con la Santa Virgen, que es el símbolo del perdón y de la Iglesia. Jesucristo, cayendo bajo el peso de la Cruz, toca la tierra, porque la tierra enriqueció el espíritu cuando el espíritu se unió con la tierra. De la misma manera que cuando la lanza hiera al divino costado, el agua, que es materia, se unirá con la sangre, que es espíritu. Permitidme una respetuosa comparación de esto con un mito griego: el mito de Anteo, hijo de Neptuno (el pensamiento filosófico), que no encontraba o recuperaba la fuerza sino tomando contacto con la tierra.

Jesucristo, con su Cruz a cuestas, anuncia el dolor a las mujeres de Jerusalén, y después entrega la túnica a sus verdugos. La túnica es, según la Iglesia, la imagen de la Gracia, porque la túnica envuelve y preserva, como la Gracia nos envuelve y nos preserva. Inmediatamente después que el



Voile de Ste Véronique

Max Jacob.

Señor ha anunciado a las hijas de Jerusalén la ley del Universo, que es la del dolor, surge la cuestión de la túnica, que le han arrebatado, la cual significa la Gracia. Por lo que es, como si Jesucristo nos dijera: *La humanidad sufrirá, pero yo le daré mi Gracia para preservarla.* Y podemos observar en esto que la Gracia es el espíritu mismo, puesto que la túnica, según nos dice la Escritura, estaba manchada de la sangre y la carne de Jesucristo, que son el espíritu.

Veamos, pues, aquí de nuevo, unidos el dolor y el espíritu. Observad, también, que sobre la túnica echaron suerte, jugándola a los dados, para enseñarnos y significarnos con ello el ir y venir del espíritu y de la Gracia.

En todo, pues, vemos el dolor unido al espíritu. Vamos a verlo también ahora en la explicación que os ofrezco de las diez plagas de Egipto.

5

LAS PLAGAS DE EGIPTO

La Iglesia nos enseña que el Antiguo Testamento es una amplia profecía del Nuevo: Abraham sacrifica a su hijo para anunciar que Dios Padre sacrifi-

cará a su Hijo, e Isaac lleva la leña que había de servir para encender el fuego del sacrificio, como Jesucristo había de llevar el madero de su sacrificio: la Cruz. Pero un cordero es inmolado en vez de Isaac, porque aun no habían llegado los tiempos en que la humanidad se aprovecharía de la sangre, que es espíritu. Tenía que contentarse con el espíritu del carnero, que es el signo zodiacal más inteligente de todos y también el signo zodiacal del pueblo judío. José es perseguido por sus hermanos, como el Señor lo será por su pueblo. Es el distribuidor de la harina a los egipcios, como el Señor será el distribuidor de la hostia; y en un saco de trigo hay escondida una copa, limpiamente robada, y que es el anuncio del Cáliz. Noé planta la viña, de la cual Jesús dirá que es el racimo; pero Noé se embriaga de ese vino, porque el tiempo del vino libertador no ha llegado aún. Entonces, en su embriaguez, Noé, desnudo, muestra sus atributos viriles, porque el pueblo judío deberá contentarse como espíritu, de la circuncisión, que es un modo de participar de los influjos magnéticos terrestres: este es todavía el espíritu del pueblo judío en espera del otro espíritu, el verdadero. Se hacía la circuncisión al niño al octavo día de su nacimiento. La cifra 8 es la cifra del espíritu. Había 8 personas en el arca de Noé, sím-

bolo del espíritu dominando a la materia, que es el agua; en el signo jeroglífico chino de la barca hay 8 barritas. La cifra de Nuestro Señor Jesucristo es 888 y el nacimiento de la Santa Virgen se festeja el 8 de setiembre.

Sansón derrumbando las columnas del Templo es acaso la imagen de aquel que había de destruir la antigua ley.

Moisés, el salvado de las aguas—las aguas que son la materia—, no es, como los otros patriarcas, la imagen de Jesucristo, sino su profeta. Si las costumbres religiosas del pueblo judío son una profecía de Jesucristo, esas costumbres fué Moisés inspirado quien se las dió.

Egipto es la tierra de la ciencia. Moisés indica a los judíos otra tierra, la tierra prometida por Dios a Abraham: esta tierra es el mundo del espíritu, y es en ella en donde retoña el racimo; el racimo es el mismo Jesús, que es el vino. Este es el famoso racimo de Jericó, traído delante del pueblo judío cuando estaba todavía en el desierto. En recuerdo de la partida de los judíos, esclavos en la tierra de la ciencia, Moisés instituye el sacrificio del cordero. Y este cordero es la imagen misma de Jesucristo, es Jesucristo figurado. Jesucristo ha dicho: *Yo soy el verdadero cordero*. Y de tal ma-

nera es el verdadero cordero, que los judíos deberán empapar los dedos en su sangre y mojar con ella señalando los dinteles de sus puertas: ¿quién no verá en esto la sangre del verdadero cordero futuro sobre el madero de la Cruz? Si los judíos comen durante la Pascua pan sin levadura, es porque el pan sin levadura será la señal de que esperan a aquel que ha de ser el pan con levadura. Todo esto está admitido por la Iglesia. Lo mismo que el *maná* que alimentaba al pueblo en el desierto y que significa la hostia. Lo mismo que el agua brotada milagrosamente de la roca y que es el agua de los sacramentos, o sencillamente la del bautismo. Quisiera mostrar aquí de nuevo cómo el dolor es el acceso hasta el cordero, el acceso al verdadero cordero y alrededor del cordero místico, figurado y profético. Y es necesario para esto que expliquemos las diez plagas de Egipto.

Estas fueron, según el relato histórico, el azote enviado por Moisés sobre los egipcios, y destinadas a aterrorizar al Faraón para que permitiera partir a los judíos conforme a su deseo. El Faraón se niega a dejar partir a Moisés, lo mismo que el demonio se niega a soltar su presa. A cada plaga enviada por Moisés, el Faraón, aterrorizado, permite la partida; pero después, una vez que cesa, se vuelve

atrás y no lo consiente. Las plagas de Egipto son las llaves de la puerta de la Salvación para quien quiera comprenderlas. El demonio es vencido por nuestra penitencia, lo mismo que el Faraón cede a las maniobras inspiradas por Moisés. El demonio vuelve siempre a la carga, y Faraón retira siempre su autorización de partida. Los egipcios persiguen a los judíos en el desierto, lo mismo que el demonio persigue al convertido y bautizado. Pero Dios en el desierto ayuda a los judíos con sus milagros, como más tarde sostendrá al cristiano con los sacramentos.

LA DÉCIMA PLAGA

Dejemos a un lado, por de pronto, la décima plaga de Egipto. Dios maldice las casas que no han sido marcadas con la sangre del cordero pascual, lo que significa que las familias que no hubieran participado de la sangre de Jesucristo, el verdadero cordero futuro, serán malditas.

Se dice, en efecto, en el relato de la décima plaga, que el hijo primogénito de estas casas moriría a la partida de los judíos. La maldición suprema para una casa judía era la muerte del hijo primogénito. Estas casas cuyas puertas no fueron marcadas con la sangre del verdadero cordero en-

cierran la muerte. Esta décima y última plaga es un epílogo, como la primera es un prólogo.

Primera plaga.

La primera plaga es la transformación de las aguas del Nilo en sangre. La sangre es el espíritu. Es el anuncio de lo que va a suceder: el duro pueblo judío ha de transformarse, mil quinientos años después, en un pueblo de caritativos cristianos. La caridad considerada como una unión del corazón y del espíritu, como una compasión. Es así como antes de empezar su vida de apostolado Nuestro Señor Jesucristo transformará el agua en vino en las bodas de Canaán. El agua, materia, en vino, espíritu, para anunciar con este primer milagro, los que han de venir después. El agua del Nilo es convertida en sangre antes del sacrificio del cordero pascual, como el agua de Canaán será transformada en vino antes de la pasión del Señor. El vino y la sangre son el mismo símbolo y la misma realidad: el espíritu de Dios.

Segunda plaga.

La tierra de Egipto fué cubierta de ranas. Para participar de la sangre del cordero pascual, para

beneficiarse de la sangre espíritu, hay que morir en uno mismo y renacer otro hombre.

¿Y qué es lo que muere para renacer? ¡La luna!

La luna crece, mengua, muere y vuelve a empezar. Así la rana es una imagen de la luna. La rana era adorada en el templo de la Luna en Denderah. La diosa egipcia Nikito o Hicate, estaba representada con cabeza de rana. La rana forma parte del mito griego de Latone, la madre de Diana, que es la luna. Se ha encontrado sobre una lámpara de iglesia cristiana de los primeros siglos la figura de una rana con esta inscripción en griego: *Yo soy la resurrección*. Morir para sí mismo es la muerte moral, que es el centro de la religión. El nacimiento inmaculado del Señor no tiene otra explicación que la del nacimiento de un nuevo hombre en un hombre todavía viviente. ¡Morir y nacer! Como la luna, de la cual la rana es el símbolo. En la segunda plaga de Egipto, las ranas, cubriendo la tierra, anuncian la muerte moral de los cristianos, que solamente se acercarán al verdadero cordero a precio de dolor.

Tercera plaga.

El polvo de la tierra se convirtió en insectos alados que cubrieron de picaduras a los hombres y a los animales.

La tierra es mala: todo lo que es materia, hace sufrir al hombre y a la bestia. Todo lo que es de la tierra es el demonio del cual son el hombre y la bestia, más o menos, la presa. Los insectos tienen alas porque el demonio vive tanto en la tierra como en el aire; así, únicamente con las privaciones y la penitencia podremos desembarazarnos de este polvo picante de la tierra y de la atmósfera.

Cuarta plaga.

Una multitud de moscas infectó Egipto. Egipto no podía menos de ser infestado, infestado de demonios, porque únicamente por el cordero se vencerá al demonio.

La tierra prometida, es decir, el reino del espíritu, no conocerá al demonio, ese demonio representado por las moscas, pero la tierra de Egipto permanecerá infestada de demonios porque no será purificada por el cordero.

Quinta plaga.

Una horrible peste devastó los animales. Para llegar hasta el cordero es necesario matar al demonio. Así dice el Apocalipsis que la bestia lleva sobre la frente el número 666; esa cifra es la del demonio solar, cuyo nombre es Sorath y cuya cifra es 666,

según Cornelio Agripa. Decir que la bestia terrestre y solar tiene la cifra de un demonio, es decir que toda bestia es demonio. Separémonos, pues, por el dolor y la penitencia, del animal viviente que hay en nosotros y de los demás de que estamos rodeados, para llegar a Jesucristo, cordero de Moisés.

Sexta plaga.

Los hombres fueron cubiertos de úlceras.

Las fuerzas de crecimiento y expansión de vida, que el esoterismo llama fuerzas venusianas, se oponen a las fuerzas de regresión, de vuelta a los principios. Es así como la carne, el amor, se opone al ayuno, a la purificación, al examen de sí mismo, al arrepentimiento, que el esoterismo llama fuerzas saturnianas. La úlcera devorando la carne se aproxima al mito griego de Saturno devorando a sus hijos cuando nacían. Para llegar hasta el cordero es necesario matar nuestros deseos, nuestra expansión y hasta nuestra salud, representada por la carne humana. La acción de dominarlos está representada por la úlcera.

Séptima plaga.

Los campos fueron devastados por el granizo. El sentido es aproximadamente el mismo que el de

la sexta plaga. Se oponen las fuerzas saturnianas regresivas a las fuerzas de expansión de la naturaleza, vegetal; pero mientras que la sexta plaga se relaciona con la carne y sus deseos, en la séptima se trata de la riqueza representada por el florecimiento de los campos, detenido por el granizo. Es preciso renunciar a la riqueza.

Octava plaga.

Una nube de langosta devoró los frutos y las plantas. El sentido de la octava plaga está bien claro. Es la conducta del cristiano frente a las riquezas de la tierra: se conduce como un monje. En efecto, la langosta es el símbolo de la vida monástica, porque viven en bandadas y sin rey como los monjes orientales. Se habla en el Apocalipsis de langostas coronadas. San Juan Bautista se alimentaba de miel y de langostas: de miel porque su lenguaje era dulce, de langostas porque hacía vida de ermítaño con sus discípulos. Es el símbolo de la octava plaga.

Novena plaga.

Las tinieblas cubren la tierra. En cuanto a la novena plaga, la que precede a la muerte del cordero, es el anuncio mismo de esta muerte. A la crucifixión del verdadero cordero, las tinieblas cubri-

rán también la tierra, símbolo de duelo y de la profunda tristeza que el cristiano esconde bajo la serenidad de su sonrisa ante el dolor humano y el suyo propio.

6

CONCLUSIÓN

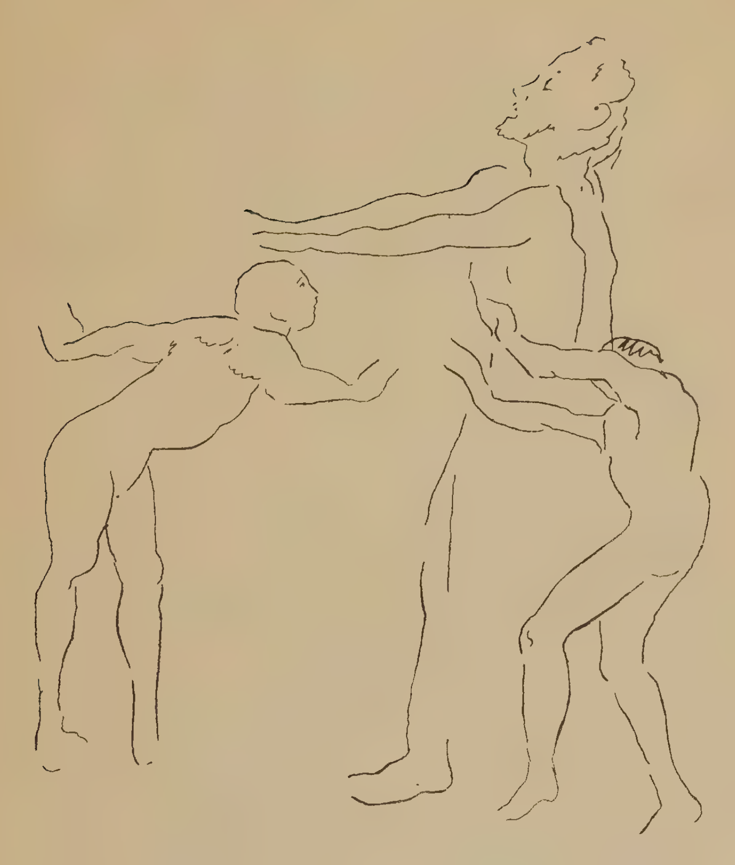
Ni el cielo ni el infierno están lejos de nosotros, y los hombres no han de recorrer largos trayectos para alcanzarlos. Escapan a nuestros sentidos; pero nuestros sentidos nos conducen al uno si nos abandonamos a ellos. La Cruz, que es la aceptación del dolor por la razón y por la voluntad, nos conduce al otro, entre satisfacciones que no se conocen sino después de la privación y por ella.

Las plagas de Egipto son la profecía de esta gran ley del dolor que conducen al verdadero cordero como las plagas de Egipto nos aparecen rodeando al cordero figurativo.

MAX JACOB

Dibujos del mismo.

Traducción de JOSÉ BERGAMIN.



benediction de Jacob

Fray Luis de León y su explanación del Salmo XXVI

1. El Señor es mi iluminación y mi salud: ¿a quién temeré?
El Señor es protector de mi vida: ¿de quién temblaré?
2. Mientras que se llegan a mí los dañadores, para comer mis carnes: los enemigos míos que me atribulan; ellos mismos fueron debilitados, y cayeron.
3. Si se asentaren campamentos contra mí, no temerá mi corazón.
Si se levantare batalla contra mí, entonces esperaré yo.
4. Una sola cosa he pedido al Señor, ésta volveré a pedir: que more yo en la casa del Señor todos los días de mi vida.
Para ver el deleite del Señor y visitar su templo.
5. Porque me escondió en su tabernáculo: en el día de los males me puso a cubierto en lo escondido de su tabernáculo.
6. En la piedra me ensalzó, y ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos.
Di vueltas y sacrifiqué en su tabernáculo hostia, con voces de júbilo: cantaré y diré salmos al Señor.
7. Oye, Señor, mi voz con la que he clamado a ti: ten misericordia de mí, y óyeme.
8. Contigo habló mi corazón, mi rostro te ha buscado: tu rostro he de buscar yo, Señor.
9. No apartes de mí tu rostro: no te retires airado de tu siervo.
Sé mi ayudador: no me desampares, ni me desprecies, Dios Salvador mío.
10. Porque mi padre y mi madre me dejaron: mas el Señor me tomó por su cuenta.
11. Prescríbeme, Señor, la ley en tu camino, y guíame por la senda derecha a causa de mis enemigos.
12. No me entregues a las almas de los que me atribulan: porque se han levantado contra mí testigos falsos, y la iniquidad ha mentido a sí misma.
13. Creo que he de ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes.
14. Espera al Señor, pórtate varonilmente; y confórtese tu corazón; y aguarda al Señor.

(Salmo XXVI, Vulg. Ver: Scío.)

NO quiero presentaros aquí el aislamiento en la vida, el confinamiento en la cárcel de Fray Luis de León. Quiero presentaros su soledad creadora. La soledad, que es núcleo y conciencia (y que yo, en un juego desatinado de palabras la llamara a la vez Nus y Nux), tiene su atmósfera, que a veces es oscura niebla, y a veces halo y nimbo. Esta envoltura es la caverna, sentida como mito, durada y perdurada por el solitario.

Luis de León — dice Coster — *tenía un temperamento delicado y enfermizo, sin duda desde su nacimiento; pero el trabajo excesivo que se impuso, la soledad y aislamiento en los cuales vivía, en parte por necesidad y en parte por gusto, agravaron estas disposiciones a tal punto, que en la época en que comenzó a ser conocido ya había adquirido una fuerza invencible.*

Pero estas palabras de Coster nos importan poco. No así las de Nietzsche.

Vosotros, ¡ay de mí!—dice Nietzsche—*no sabéis lo que es la soledad. Donde quiera que se ha constituído una sociedad poderosa, un Estado, una Inquisición, una opinión pública, en una palabra, una tiranía, la tiranía ha odiado al filósofo solitario; porque el filósofo abre al hombre un asilo donde ninguna tiranía puede penetrar: la caverna del mundo interior, el laberinto del corazón. Y esto irrita a los tiranos.*

De tarde en tarde—dice en otro lugar—*los solitarios toman el desquite del retiro forzado, de la abstención a que han sido reducidos. Salen de su caverna con gestos terribles. Sus actos entonces, sus palabras, son explosiones; y pudiera suceder que se destruyesen a sí mismos.*

Fray Luis, debemos añadir nosotros, y ningún otro solitario español, no vivieron bajo la amenaza de este peligro, porque el genio español aplica un coeficiente de moderación a toda solicitación del espíritu o del intelecto; y las manifestaciones de la historia, en España nacen y crecen ya corregidas en la moderación de su esencia insinuante e incubadora.

Europa nos da las configuraciones extremas: el héroe en toda su locura, el sabio prepóstero y de cabeza cuadrada en toda su obtundidad. España, cuyos hijos holgones no abstraen ni en la vida ni en

el arte, es el país más espiritual del mundo, porque hay un modo elemental de espiritualidad que aquí se aplica a todo viento y a todo evento, ganando con ello nuestra ambigua aristocracia: la aristocracia casi turca de los pocos y la chabacanería antidemocrática de los muchos.

Pero Fray Luis era un solitario, y su *Exposición del Salmo XXVI,* escrita en la cárcel, una explosión. Llegó, escribiendo y hablando con Dios, a una exaltación que raya en el paroxismo.

Pero, entiéndase bien; el sentimiento impregnado de conciencia en Fray Luis, no era sentimentalismo. La sensibilidad, enervada según el biógrafo, no era—¡vive Dios!—sensiblería. Está Fray Luis tan respaldado contra la Romántica como nosotros. Por eso Fray Luis en sus obras latinas, que es donde se da a sí con mayor energía y donde nos muestra el Hinterland de su obra poética eterna, cobra hoy un nuevo valor.

La Romántica, adivinando—todo en ella era magia—que *sentimiento lo es todo,* descubrió lo inconsciente, y lo subconsciente, y lo psicofísico, y lo irracional: donde ponía la vida. Y lo racional redujo a leyes, quitándole la vida. Hoy, volviendo a Pascal, en el mismo Sentimiento adoramos a Logos, porque le vemos allí. Una nueva intuición, un nuevo Logos,

si no apolíneo a lo menos, a lo más sobreapolíneo. Cuando veáis cómo nuestro Fray Luis ve y formula una *tertia ratio cognoscendi,* que penetra las cosas, y el mismo sentido del mal, entonces comprenderéis, o (con palabras más apropiadas) veréis claro la actualidad y eternidad de Fray Luis de León.

La naturaleza que veían los antiguos era finalista. Los mismos móviles que descubrían en el seno no recóndito del hombre, se daban a la par en la amplitud de los espacios.

La filosofía antigua lanzaba hacia el pasado, que era para ella más especioso que el porvenir, y apoyándolo en el suelo de su ciudad (la cual miraban como hecha y definitiva), el puente de sus creaciones antropomórficas. Con ellas daban razón de los problemas naturales y transcendentes, mediante el arte, propio de los antiguos, de *soldar en sólo un cuerpo la vida de los hombres y el movimiento de los mundos* (Andler, *La juventud de Nietzsche).*

El restituirse a los dioses inmortales, por la mano piadosamente traductora de la muerte, era, en la aspiración, si no en el mito, volver a Kronos y a los oros y glandes y mieles de su edad. La mano piadosa se entregaba, y los hombres se daban a ella como por una *devotio* casi primitiva. Así miraban confiadamente el desvalorado porvenir, y era una

especie de magia lo que garantizaba las creaciones humanas contra toda especie de temporalidad.

Pitágoras se creía repetido con la misma tenacidad del sol. Acordábase de aquel sol que se asomó al cerco y toma de Troya a par de la catadura suya de aquellos días. Acordábase de cómo fué su armadura guerrera, la que relumbró bajo aquel sol. Y pues se sentía henchido de números aritméticos y rítmicos, por los mismos trámites postulaba la armonía de las esferas.

Para Pitágoras, como para los órficos, que son su punto de partida, el hombre es propiedad de los dioses. Postula la contradicción entre alma y cuerpo, y la resuelve en la transmigración de las almas a través de los cuerpos; esto cuanto a la tesis de la culpa. Cuanto a la tesis de la redención, la postula en la liberación de la renacencia punidora, y en el logro de la beatitud. La antinomia se resuelve en una síntesis clásica, es decir, en una identidad. Las prescripciones religiosas—gimnasia, vegetarianismo, música, matemática—, ejercitadas en el curso de una vida pura, conducen a aquella beatitud.

No en vano he puesto un ejemplo preciso, sacado de la Antigüedad. Veremos cómo el pensamiento moderno aboca a una postulación contraria. El retorno incesante de Nietzsche es lo contrario de la

redención pitagórica, pues que agudizando el valor moral mira sólo al porvenir. Sea la conducta pura y fuerte, pues que se ha de repetir incesantemente, de un modo inmanente. La abstinencia de carne, aunque no se deja en lo prescriptivo de la omisión, por externa y empírica, es expresamente rechazada de la voluntad-por-el-poder. Gimnasia, danza y música cobran nuevo valor actual; pero no para provocar el éxtasis colectivo, que mira a la ciudad, sino para afinar, aligerar y espiritar el cuerpo, construídos sobre él todos los complejos. Y son prescripciones éstas fuera de lo religioso, y que hallan pie en una filosofía que atrae al plano primero a la sensibilidad.

Sentadas estas premisas de los antiguos, es oportuno hacerlas expresivas mediante un mito platónico. Después ya no hablaremos más que de los modernos. Pero este mito ha de ser el eje dialéctico y la figura luminosa en derredor de la cual ha de girar la disertación acerca de Fray Luis de León.

Es el mito de la caverna, recogido más tarde por los modernos, a punto de haberlo pasado, por sus manos, unos a otros, y de mantenerse a su calor una especulación ya varias veces secular. Todos los estímulos álmicos y espirituales se cifran en esta fábula, que parece aprendida de los dioses, y

compuesta y expuesta para ser devuelta intacta por la esfinge, y roída en vano por los hombres, como el hueso de la enigmática nuez. También tuvo Fray Luis su caverna, que no se parece a las otras, menos horripilante que las otras; mas de no haberla tenido no estaríamos aquí recordándole, ni merecería que nos ocupásemos de él.

Piensa, lector, unos hombres aherrojados en una caverna, la cual tiene arriba, junto a la bóveda, una boca de entrada, abierta a la luz.

Allí viven, desde su niñez, aquellos hombres, de espaldas a la luz, encadenados al cuello y a los pies, de manera que tienen que permanecer en el sitio, y mirar de frente, dando de rostro a la lóbrega pared.

Las cadenas no les permiten volver la cabeza. No pueden verse unos a otros. No pueden verse a sí mismos, ni parte de su cuerpo.

Muy detrás de ellos, y arriba, ante la boca de la caverna, a la altura de la boca, arde un fuego.

Entre el fuego y los amarrados atraviesa una calle.

El fuego proyecta su lumbre, y los objetos de la calle, contra la pared opuesta de la caverna.

Imagínate en la calle, tendida delante del fuego, una mampara, como la que los truhanes y titereros

ponen ante sí para hacer sus juegos y mostrar sus embelecos.

A lo largo de la mampara discurren hombres llevando todo género de utensilios que, sin dejarse ellos ver, muestran por encima de la mampara.

También llevan y muestran figuras humanas, y toda suerte de animales de piedra y de madera.

A veces emiten sonidos al mismo tiempo que manipulan y andan. A veces callan.

Esto es lo que se refleja en el fondo de la caverna:

Sombras menos que lunáticas, embelecos de titereros, sombras de objetos contrahechos, que son sombras ficticias de otras sombras. Sombras proyectadas por fuegos fatuos y fungibles sobre artefactos irrisorios.

Así somos nosotros. Si así están los encadenados, puedes comprender que nunca han visto de sí mismos ni de sus compañeros, sino las sombras que arroja el fuego al muro opuesto de la caverna.

Así, pues, concluye Platón, tal como estás y eres, sólo puedes medir tu verdad sobre las sombras de las cosas que se mueven en el espacio.

Para Platón, especialmente, y más que para todos los antiguos, la redención es un proceso de reminiscencia, y su consumación total un restituirse

al seno de los dioses, de do el alma, cristalina, sonora y melódica, procede. Deslíganse los aherrojados de sus cadenas, devélanse de este mortal velo, evanécese lo sensible en la muerte: y, saliendo de la caverna, anegan su visión en el océano de luz directa y verdadera de lo inteligible, donde las sombras lábiles se esfuman y los contornos de las ideas se muestran y acusan en toda su pulcritud.

Siempre vemos en los antiguos la proyección al pasado, la postulación *a priori* de una protobestia, Zagreo o Dionisos, en la dilaceración de cuyos miembros primigenios se mitifica el principio de individuación. La Edad de Oro, el Paraíso, el Elíseo verdegueante y vicioso, se postulan de antemano. La solución moral y teológica la hallan en una restitución, o una reminiscencia. El acorde y la armonía fué provocado de antes, y ecoa en el breve acto de la vida. El individuo es una escisión. Tiene dos almas, como entre los primitivos. El alma terrena, paloma perdidiza de su par, se junta al fin con la selvaje o elisíaca, consumándose la beatitud en la identidad.

Anda errante la paloma, posándose en muchas cabezas, en muchas vidas, hasta que encuentra a su melliza. La escatología es una arqueología. El hombre no crea y no se perfecciona. La idea le embae y

le extasía. No produce ideales impregnados de fatiga y de sorpresa. *Similia simílibus.* El principio de identidad reina señero.

El pensamiento moderno también crea antropomorfismos en cuanto crea ideales humanos, y los asesta y lanza. Se cree puesto, como por encanto, en un mundo nuevo que hay que conquistar. Se cree recién creado, cree el mundo recién creado, y se cree a sí mismo casi creador del mundo. Pero, como no siente el seguro del pasado, como los antiguos, aprende pronto que no puede tomar posesión definitiva del porvenir; pero que el porvenir, mediando la fatiga, obra suya ha de ser.

El Adán esculpido en la catedral de Banberg sale de pronto a la luz, mas no inocente y deslumbrado, porque su curiosidad no es imbele o mema, sino acuciada de todas las codicias, de todas las líbidos. *Libido sentiendi, sciendi, dominandi.* Sale de la caverna. Esta es la misma pervivencia, sentida, en toda su expansión, por Andrenio el de Gracián, saliendo de la suya. La misma de Segismundo saliendo de la que también es suya. Andrenio pertenece al Renacimiento: Segismundo, realmente, a la Edad Media. La pervivencia de ambos, cuanto al primer amago, es la misma.

Saben los creadores de valores humanos moder-

nos que no rinden una explicación definitiva del mundo; pero saben que nunca podrá ser olvidada porque ha sido gozada en la savia de la vida. El porvenir, por esta arte nueva, queda asegurado, junto con la aceptación libre de su movimiento, que es duración y vida vivida, y no evolución destinada a una forzosa entropia y labilidad. El puente que tienden los modernos hacia el porvenir no es rígido: es elástico. Su tendido se hizo sin aplicar los ritos de una magia primitiva que pretendiera enclavarlo y detenerlo.

Italia, Francia, Alemania, han sido los últimos hogares de creación de ideales humanos valederos para el mundo moderno. De ellos vivimos aun a la hora presente, pues, como llenos que están de vida, llegan a nosotros saltando por encima de la historia y de la ciencia rígida elaboradas por el siglo pasado: ¿habrá que pensar en una resurrección de lo barroco?

Y téngase en cuenta, porque es característico: los sostenedores de esos ideales no han sido tipos creados entre sueños por la fantasía y por el arte, más o menos popular, más o menos personal. Que no han surgido, en Italia y en Francia sobre todo, creaciones simbólicas del tipo de las españolas de Don Juan, Don Quijote o Segismundo, sino hombres y sujetos de excepción, cavernarios más que

legendarios, creadores cada uno de su propia caverna, y en resumen de su propia leyenda.

TRES han sido en Italia los creadores de valores humanos más conspicuos.

El primero, Leonardo. Leonardo se asoma a la entrada de la gran caverna; de pronto se le despiertan dos sentimientos: *paura,* como dice él, *y desiderio: paura por la amenazante y oscura espelunca, desiderio por ver si allí dentro hubiese alguna cosa milagrosa.*

Tú, oh Dios, añade luego, *vendes todos los bienes a precio de fatiga.*

Y añade también: *¿Qué cosa es aquella que no se da, y de manera que no sería si se diese? Es el Infinito.*

Consigue desligarse apenas de sus cadenas y mirar por el bocín de la caverna el fuego que arde fuera, o mirar tan sólo las sombras de la caverna.

El ojo — dice — *es la ventana del humano cuerpo, por la cual el alma especula y goza de la belleza del mundo. Gracias a él, el alma se contenta de la humana cárcel, y sin él, esa humana cárcel es su tormento. Y por esto la humana industria ha inventado el fuego, mediante el cual el ojo aquista la luz que le habían arrebatado las tinieblas.*

Giordano Bruno, amarrado en el fondo de la caverna, cree que el hombre, artífice y no vaso de la divinidad, puede ver en las sombras de la pared (juzgando y midiendo y superando las sombras) más que las sombras son, pues sabe que son vestigio de la divinidad. No ve el fuego mismo directamente, pero postula en sí mismo el fuego interiormente activo, semejante al que arde fuera de modo inexplicable. El pueblo, privado de ese interior fuego, no pasa de las sombras, porque cree que no son sombras. El especulativo y contemplativo de la conciencia de las sombras, como tal, pasa a considerar la sombra como vestigio de la divinidad, cuyo artífice y eficiente viene a ser el mismo sujeto contemplador.

Otros, avezados o hábiles a la contemplación, y por poseer innato un espíritu lúcido e intelectual, mediante un interno estímulo y fervor natural, suscitado del amor de la divinidad, de la justicia, de la verdad, de la gloria, y mediante el fuego del deseo y aliento de la intención, aguzan los sentidos. Y en el azufre de la facultad cogitativa encienden la lumbre racional, con la cual ven más que ordinariamente. Y estos no abocan a hablar como vasos e instrumentos, sino como principales artífices y eficientes.

En este universo —dice en otro lugar— *pongo una providencia universal, en virtud de la cual toda cosa vive, vegeta y se mueve, y está en su perfección. Y la entiendo en dos maneras: la una en el modo como está presente el alma en el cuerpo: toda en todo y toda en cualquier parte: y a ésta llamo natura, sombra y vestigio de la divinidad. La otra manera la entiendo en el modo inefable por el cual Dios, por esencia, presencia y potencia, está presente en todo y sobre todo, no como parte, no como ánima, mas en modo inexplicable.*

Para Campanella, la caverna es el vientre inmenso, viviente y orgánico no de una protobestia, inmóvil y dilacerada, pábulo inerte al principio de individuación, como Zagreo o Dionisos, sino semoviente, dentro del cual vientre verbenean los individuos. El hombre es gusano intestinal del mundo, de cuyos jugos y elementos no depende; no del sol, no de la tierra y sus elementos. Pende de Dios, altísima causa, que admira y comprende él solo entre todos los gusanos. El sol es el fuego de la caverna, mas no le satisface enteramente como a otro gusano cualquiera.

Aspira al sol verdadero, que, rebasando el calor y alimentos de su vida animal, es luz sugeridora de su admiración contemplativa.

Pero nosotros vemos—dice Campanella—*que el hombre no se encierra bajo la natura de los elementos, y del sol, y de la tierra, sino que muy sobre todos ellos entiende y aspira. Y obra, antes que efectos de ellos, otros altísimos efectos. Tal que no depende de tales elementos, sino de causa mucho más alta, que Dios es llamada. He aquí que cuando el hombre va cavilando, piensa sobre el sol, y luego más y sobre; y luego, fuera del cielo, infinitamente, muchos y muchos mundos, como excogitaban los epicúreos. Por tanto, de alguna infinita causa la cogitación ha de ser efecto, y no del sol o de la tierra, sobre los cuales infinitamente traspasa. Todos los animales están dentro del vientre del mundo, y el hombre con ellos, como gusanos dentro del vientre del animal: y, con todo, sólo los hombres se percatan de qué cosa sea este gran animal y sus principios, gustos, vida y muerte. Por tanto, el hombre está no sólo como gusano, sino como admirador y lugarteniente de la causa arquitecta de toda cosa.*

TRES han sido en Francia los creadores de valores humanos más conspicuos, y en ellos el mundo moderno se manifiesta cada vez más consciente. El más antiguo de todos es Pascal.

Pascal es el hombre que sale del fondo de la caverna, como Heráclito, como Eurípides, y ve que el mundo es como una sima profunda, abierta a lo alto. De ella puede ver los espacios infinitos. La contemplación le horroriza. Infinitud. Eternidad. Silencio eterno. Y el contemplador es sólo un punto, porque no sabe si tiene dimensiones. Y un monstruo, porque está sujeto a mil contradicciones. Es él la *coincidentia oppositorum:* punto y monstruo a la vez, vida y geometría.

Si no encuentro – dice – *la razón de por qué estoy aquí, y no allí, de por qué soy hoy, y no fuí ayer: entonces es que soy relativo y vano y nada.*

Crispa las manos, y se recoge a la caverna. Allí trata de garantizar a toda costa su absolutidad.

Que el hombre – dice Pascal – *habiéndose concentrado en sí mismo, considere lo que es, al precio de lo que es; que se mire como perdido en este rincón extraviado de la naturaleza; y que desde este calabozo en que está alojado (quiero decir universo) aprenda a estimar la tierra, los reinos, las ciudades, y, asimismo, su justo precio. ¿Qué es un hombre en medio de lo infinito?*

Imagínese – dice también – *un número de hombres encadenados, todos condenados a la muerte, entre los cuales, estando los unos condenados cada día a*

ser agarrotados a la vista de los otros, los que quedan ven su propia condición en la de sus semejantes. Y se miran los unos a los otros, con dolor y sin esperanza, esperando que les llegue la vez. Tal es la imagen de la condición de los hombres.

El silencio de estos espacios infinitos – dice en otra ocasión – *me horroriza.* Y finalmente: *¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¿Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicción, qué prodigio?*

La postura de Pascal es dolorosamente consciente y pesimista.

Para Rousseau la caverna es una jaula de artificio. La grandeza del símbolo decae y deriva al optimismo. Los valores de Rousseau son sociales. La jaula la ha hecho la sociedad. En Rousseau no mira el hombre solo, que es la especie eterna, al infinito, sino la sociedad en acto, producto empírico e ininteresante. La sociedad asociada. *Res publica constituta.* Lo trágico queda desvalorado; pero no a la manera española, sino mediante una deplorable descongestión de los grandes valores contrapugnantes. Preside absorbentemente la categoría Pólemos, que es la que ha informado al socialismo del siglo pasado: no la categoría Agon. Las convenciones sociales, las desigualdades, provocan reacciones. Tratan los confinados de romper los barrotes de la jaula.

Creen los desgraciados que lo que hay fuera de la jaula es bello. Llámanlo naturaleza. La redención es inmanente, pero inmanente dentro de la sociedad renovante y renovada. Ignoran que natura está en ellos, y que nada pueden privarles de ende, y que vive también sujeta a las categorías agónicas, las cuales presiden do quiera, a quien quiera y como quiera.

El ideal de Rousseau, y su energética, es cinemática, vista y medida, no es dinámica oculta, y por tanto misteriosa. Señálase este ideal por su tendencia a resolverse hacia el camino de la sociología y de la historia, entendidas a la manera romántica. Jamás el optimismo ha alcanzado un grado tal de inocente exacerbación.

Voltaire es el esfuerzo por el espíritu diabólico, como Fausto, para hacerse a par de la naturaleza. Se encuentra a gusto en la caverna y pacta con el diablo. Quiere expandirse en todas las direcciones, abarcar toda la vida y el arte, gozar todos los goces. Para él, como para Buddho, el indostánico, lo relativo es lo único absoluto. La ansión de absolutidad toma una curva que se resuelve sobre sí misma en espiral, de manera original e inesperada. Acaba en la punta de la ironía y del sarcasmo. Manda al diablo a Dios, y se queda con el diablo.

No es optimista, es sarcástico. El sarcasmo es la amargura que pretende olvidar Pathos, Agon y Tragoedia, sabiendo que existen. Es una huída de Dios, con el cual no quiere luchar, como Jacob, a brazo partido.

El Patriarca de Ferney vió llegar el desengaño, como el viejo Fausto, en medio de su obra debatida con la naturaleza. Y aquí no le valió Mefistófeles, como tampoco le valió a Fausto. De Voltaire decían que tenía una fisonomía mezcla de jimio y de águila: Mefistófeles, que ríe cruelmente, y que hace fatalmente el bien, o sea el gran trabajo de la cultura: catalogar y modificar la naturaleza, y desvirtuar todos los prejuicios. Medir, medir, que es como harbar, harbar.

¡NO podéis convencerme, no, al demonio
no le achiquéis sin arte:
a quien todos los hombres tanto temen,
ese sujeto es alguien!
(Goethe, *Zahme Xenien*).

La concurrencia de los ideales italianos y franceses, discurriendo por todo el mundo y por todos los hombres que se han sentido hijos del mundo moderno, ha encontrado un foco crítico de expre-

sión fuera de Francia. El ideal humano de Goethe sintetiza todos los ideales anteriores. Goethe, además, no es sólo el encarnador de ideales, y hombre que vive la caverna, como los italianos y franceses, sino que, además, es, como los españoles, sujeto creador de mitos y leyendas, y de tipos de arte inmortales. Fausto, que es la figura en quien cuajan todos los ideales europeos, apurados en la máxima conciencia de italianos y franceses, siente, como Pascal, un ansia de redención moral y metafísica. Como Rousseau siente el horror del recinto y el ansia de la libre naturaleza. Como Voltaire ríe Mefisto, y su risa es un sarcasmo.

La concurrencia de ideales produjo felizmente la creación de Fausto, tipo polimorfo, atento a todas las solicitaciones contrarias.

¿Locos estáis? ¿Qué es lo que os pasa
para negar al viejo Fausto?:
el hombre del demonio es todo un mundo
que lo idéntico aduna, y lo contrario.

(Goethe, *Zahme Xenien.)*

Pero detrás de la figura de Fausto está Goethe, su padre, el cual, como ideal humano, vale más que sus propias creacciones, siendo como son sus

creaciones las más apuradas del mundo moderno.

Goethe resuelve en sí mismo los problemas mediante la contemplación abarcadora y sosegada, que es su gran descubrimiento. No serena ni antigua, porque el sereno excluye la tormenta. Aprende la naturaleza seleccionándola. No acoge más que aquellas sensaciones que compaginan la poesía con la vida, y que no la desgastan inútilmente. Pero sabe que *sentimiento lo es todo*. Y sabe, en su sublime composión *Metamorfosis de los animales,* que todo animal, viviendo en el ansia de rebasar sus límites, tiene empero sus límites ciertos. Luminosa es su concepción del ideal compaginado con el límite. Tal el supremo valor. El loto del límite se yergue a sus ojos señero y conspicuo, como el Término de los Términos. Cada heredad tiene su Término; pero aquella compaginación de ideal y límite es para Goethe el Dios único en su visión monoteísta.

VENGAMOS al fin a España y a Fray Luis. ¿Por qué tan tarde? No importa. España no está ni antes ni después. Está aparte. Pero estrechamente ligada con el mundo moderno, cuyos valores primigenios ha criado. España es la potencia de los valores, y la tabla de ellos, por tanto, en el estado de su mayor

espiritualidad. Jamás ha llegado España en nada a las últimas consecuencias. Pero todo origen, todo aborigen, o es español, o ha llegado a conciencia en España antes que en otras partes. Esta caracterología en lo potencial (y llamo así precisamente a lo incoactivo y teológico) implica que la conciencia de los valores se nos aparezca en España como una infraconciencia en el campo de sus fuerzas que son su folklore y su arte.

Lo demónico en Don Juan no es tan apurado y doloroso como en Fausto. La caverna de Segismundo no es tan medrosa como la de Pascal. Don Quijote es un loco sanable, mucho más moderado que Nietzsche, burlado, no perseguido. La caverna de Andrenio, o sea la del propio Gracián, no es tan espantable como de Schopenhauer. La cárcel de Fray Luis no es la hoguera de Bruno, y tiene mucho de sólo cárcel.

Lo español, que se mantiene siempre en lo primigenio, conviene a saber: en el folklore, en la teología y en el arte, aboca a la creación de grandes tipos de arte, permaneciendo sus autores casi en la anonimia y casi en una desesperante e incomprensible mediocridad. Tales los grandes tipos de Don Juan, Segismundo, Don Quijote y Andrenio-Critilo. La sensación biográfica que nos dan los autores de

estos tipos es la de que ellos no pasaron por la caverna y noche oscura como los italianos, franceses y alemanes.

Queda completamente aparte el asombroso Juan de la Cruz, maestro de todo el Occidente, pisando sombras sobre las tinieblas de su noche metódica. Pero de este Juan, que fué el hombre enviado por Dios y que se llamaba Juan, no quiero ni me atrevo a hablar absolutamente nada en este estudio.

En todo el curso de la Edad Moderna no se han creado fuera de España más que dos tipos legendarios: Hámlet y Fausto. En cambio, los pensadores europeos son los que han vivido su noche oscura y su caverna. Este último es aproximadamente el caso de Fray Luis de León, caso, con todo, único y raro en España, sostenido por el hombre que mejor y más cumplidamente ha representado entre nosotros el Renacimiento europeo.

Y llegamos a Fray Luis y su caverna. Llegamos a la obra que está en el centro de su vida y de su obra, y en el centro de su caverna, que es la cárcel, conviene a saber: la *Exposición del salmo XXVI*. Es un documento de excepcional interés. Es decisivo para la expresión humana, poética y teológica de su autor. En él se nos da enteramente. En él se cifran, más que se descifran, todos los enigmas de su áni-

mo y de su mente. Preside la elaboración de su obra y es la trastierra de su elaboración poética, al mismo tiempo que una fragua y hervidero de poética creación.

La actitud de Fray Luis ante la vida es absolutamente religiosa. Las categorías propias de toda religión y de toda civilización pura espiritual, en cuanto desarrollada independientemente de la cultura, nos han de ser muy hacederas para interpretar a Fray Luis.

La serie de categorías nos marcará en cada una de ellas cada uno de los trámites de nuestro método. Con seguirlo nada perdemos, y ganamos, en cambio, en orden y claridad.

Toda civilización puramente espiritual y todo proceso religioso está condicionado (completando la enumeración de Gebhardt) por cinco principales categorías: Mithos, Logos, Eros, Ethos, Diabolos; esta última como antitética de Dios.

El nudo de las categorías comprende muchos más elementos; pero bastan estos cinco para una consideración, si no exhaustiva, al menos integral.

Mithos es el símbolo en el misterio. Es una necesidad espiritual colectiva del pueblo, o personal del hombre solitario. El cual, o crea un nuevo símbolo, o da matices inconfundibles al símbolo acep-

tado por todos, y por él pervivido con especial exaltación. *Esta necesidad imperiosa estructura en símbolos, reales y pregnantes, el sentimiento de la dependencia del ser finito y condicionado bajo una Infinitud e Incondicionalidad* (Carlos Gebhardt: *Spinoza)*.

San Pablo sentía, con tal fuerza, el símbolo, en el misterio de la resurrección de Cristo, que creó sobre él un argumento, el cual es más bien una imagen, que excede a toda dialéctica racional, pero que es crucial y básico en la fe.

Sin un símbolo viviente no puede subsistir una religión. El símbolo exalta, atrae e impulsa. Nada más vital que el símbolo en el misterio, el cual marca el apogeo de la vida. No es privativo del pueblo. Eslo tanto o más de los selectos o de los héroes. Todo lo que no es él, es muerte y abatimiento y cultura mecánica, y acción relativa y empírica. Nada más incipiente y vano que figurarse el símbolo como una imagen de fría luz lunática que vaga sin estímulo ante la imaginación. Es un motor interno emplazado en el hondón de nuestro ser.

Esta categoría tiene en Fray Luis especial importancia. Porque siendo la nuclear, en ella se da el nudo entero de las categorías de espíritu. De ella proceden todas, al punto de aparecer equívoca la

aplicación del fenómeno espiritual a la categoría de Mithos, o a cualquiera de las otras. Las cuales, en efecto, son abstraídas de ella mediante la aplicación de un instrumento racional.

Fray Luis mantuvo siempre la sobriedad del símbolo: sentía la religión con tal energía, que estaba de antemano curado de toda herejía y de toda derivación degenerante.

¿Cuál fué el símbolo de Fray Luis de León? Se lo dieron enteramente hecho la doctrina católica y San Agustín. Fray Luis lo sintió emocionantemente en sus dos facetas: la corrupción de la voluntad, junto con la inocencia de la carne, porque San Agustín creía que la voluntad y la carne eran cosas distintas. Esta faceta de un lado. Es de capital importancia la fe en la inocencia de la carne, y de ella depende toda la plasticidad de Fray Luis poeta. En el *Cántico de Moisés* nos habla en un capítulo, que vale por la mejor de sus poesías, del mismo Verbo de Dios, imbuído en la nube que señalaba a los judíos el camino por el desierto. No envió Dios a un angel, nos dice en el mismo Cántico, para luchar con Jacob: fué el mismo Verbo de Dios, Cristo doblemente venturo, el que luchó con el Patriarca. Y a Cristo se figuraba, como al angel, en forma corporal e inocente.

Del otro lado está la gracia de Dios, a la que

llama Fray Luis, en la Explanación, bondad de Dios, el cual se le muestra como médico riguroso, deparador a los hombres, mediante un castigo superior a nuestro discurso, de medicina acre y mordaz para sanarlos.

Estas dos facetas no son una antinomia. Son dos facetas unidas en un plano biextenso, como las dos facetas de un plano geométrico.

Podemos, en efecto, imaginar, doquiera en el espacio, una superficie que lo escinde en dos partes, las cuales se condicionan mutuamente, se excluyen mutuamente, y no tienen de común más que la superficie. Semejante superficie podemos imaginarla en todo el rigor de la abstracción geométrica. Geométricamente pensada, o imaginada, tiene dos caras, es decir (y perdonad lo paradójico), dos superficies, las cuales caras jamás de ningún modo pueden ser separadas de formar una sola y única superficie. Entrambas coinciden enteramente, porque la superficie geométrica carece de grosor, y entre las dos caras no media distancia ninguna.

La una de las caras es nuestra voluntad corrompida, la cual es una determinación o una cualidad inmediata, la pervivencia κατ'ἐξοχήν, lo más cierto y sabido de nosotros. Es el aquende.

La otra de las caras es Dios, inasequible y mis-

terioso. El Dios ignoto. Es también determinación y cualidad, y verdad y vida, todo en grado infinito. Pero es determinación en sí, no en la mente humana. Por eso la mente sólo puede interpretarlo vaga e indirectamente, mediante alegoría y discurso. Fray Luis utiliza la alegoría del médico riguroso, cuyo castigo aparente es remedio y medicina inexplicable.

Fray Luis sigue en su caverna. Acuérdase de Job. Se cree inocente del delito de que le acusan; pero sólo de ése. Por lo demás, se siente pecador.

Pero las dos caras de la superficie paradójica, que escandalizaría a los geómetras (porque aquí hablamos lenguaje de espíritu), son una sola y única entidad, y ésta, en su integridad, es Cristo, el cual da razón y sentimiento cumplido de toda la verdad, de todo el camino y de toda la vida. Cristo junta el haz del pecado redimido (la voluntad culposa) con el haz de la gracia: él es carne inocente, dolorida, y divinidad encarnada.

La cara del hombre es la voluntad, a quien compete la incoación del mal. Es la cara que se ve, la única que se ve, como sólo vemos una cara de la luna.

La cara de Dios es el allende, enteramente invisible. A Dios compete la incoación del beneficio y

de la gracia. Como es allende, absolutamente, sólo hablamos de él mediante vagas alegorías imperfectas, como la del médico de rigor.

Cristo es toda la síntesis en toda su expansión. Es determinación y cualidad en nosotros, y podemos pervivirlo en la pulcritud de su figura humana. Es al mismo tiempo determinación y cualidad en Dios, y mediador único para pervivir la esencia de Dios. No ha menester de alegoría, no de discurso indirecto para pensarlo o imaginarlo, porque lo podemos pervivir interiormente en toda su humanidad. Es todo el símbolo viviente.

Cristo vivo y Cristo venturo está siempre presente a la visión de Fray Luis en todas sus obras literarias. Pero con una condición capitalísima. Fray Luis sigue en la caverna, anegado en la oscuridad de los sentidos falaces; no sabe, no puede discernir. La conducta de Dios para con él es un misterio. Dios le castiga por sus pecados. Pero estos pecados pueden ser ocultos para el pecador mismo. Si tal es la deficiencia de sus instrumentos mentales para medir los pecados, ¿cuánto más no lo será para medir y comprender la conducta de Dios?

¿Mas por qué temía el santo David—dice Fray Luis en la Explanación del salmo—*que Dios, mudada su voluntad, le abandonase, aun siendo David,*

como era, hombre no sólo consciente de su buena voluntad para con Dios, sino consciente también y enteramente cierto del amor de Dios hacia él, en virtud de tantos beneficios recibidos y aun de su propia palabra y testificación? Lo primero, porque sabía que el ingenio del hombre es lúbrico y fácil al delito. Lo último, porque sabía que nuestras propias voluntades ignotas son, y ocultas, para nosotros mismos: hasta el punto de que a menudo apenas podamos representarnos a nosotros qué es lo que nosotros mismos amamos o codiciamos.

Y también dice en otro lugar:

Y en verdad, lo que afecta con más vehemencia, lo que más duele a los buenos e inocentes, que son oprimidos injustamente por otros, lo que les pone en peligro de caer, y les pone más cerca de cejar en la paciencia y en la piedad, no son tanto, y de por sí, los males que padecen cuanto esto sólo, conviene a saber: que, por debilidad del ingenio y condición humana, no puedan juzgar claramente si Dios, o no quiere curarse de las cosas de los hombres, u olvida precisamente las cosas de los que son suyos, las de los buenos. Y, ofendido por algún pecado de ellos, que a ellos se les cela, los aparta de sí, y los entrega al arbitrio de sus enemigos para que los lastimen y pierdan.

Este es el problema que Fray Luis se plantea en las tinieblas de la caverna que anega los sentidos y la mente del cuitado hombre.

Cristo, en efecto, resuelve todos los problemas, y disipa todas las tinieblas. Y está virtualmente presente a la visión de este poeta. Pero Cristo (y esto es capitalísimo) se le presenta, especiosa y plenamente, sólo en los momentos felices de su intuición. Es luz. Va y viene, sale y torna, y su ausencia señala el poderío de las tinieblas apoderándose de toda la caverna.

Llegamos a lo que es la *parola* en la *Exposición del Salmo XXVI*, y de toda la obra de literaria de Fray Luis, la que resuelve el problema de Job, en el cual trabajó toda su vida, sin resolverlo allí, en su lugar, sino aquí en la cárcel, exaltado e inspirado por las mismas solicitaciones trascendentales de la caverna.

Esta *parola* la expresa doblemente, diciendo, lo primero, que la presencia de Dios no aparta de nosotros los males que nos oprimen, sino que en medio de los males en que nos debatimos, Dios arranca de nosotros, con su presencia, el mismo sentido del mal; y a nosotros, por los mismos pasos, nos sustrae a todo dolor. Y, lo segundo, que, de tres géneros o razones que hay de auxilio de Dios, una con-

siste en prevenir la llegada del mal, otra en repelerlo, y la tercera y distinta, y trascendental, consiste, no en repeler, sino en mudarle al mal toda fuerza y eficacia.

Oigamos las propias palabras de Fray Luis en el comentario al versículo sexto del Salmo:

Nam huius occultationis (in tabernaculo Domini) ea vis est, non ut Deus a nobis auferat mala quibus oprimimur; sed ut sensum malorum, in mediis malis dum versamur, nobis eripiat nosque dolori subtrahat.

Y también:

Sit haec, ab utraque diversa, ratio tertia, in qua ipsa quidem mala, tametsi nos premant, non repelluntur, sed eorum mutatur efficientia atque vis.

Esta portentosa aparición de Cristo, sugeridora de una nueva forma del conocer, ajena al intelecto, que modifica el sentido mismo de las cosas, que penetra las cosas sin medirlas, transformándolas, sólo se da en virtud de una intuición excepcional, la cual cae dentro de la categoría sentimental de Eros. Logos y lo apolíneo queda a un lado. Prodúcese lo que la retórica, ciencia la más respetuosa en la descripción de sus figuras, con la libertad del espíritu, llama metábasis *eis allos genos:* una transposición a otro orden.

Sólo se da la aparición fugazmente, en los momentos felices. Hay en la intuición un momento ex-

cepcional, el que más inspira a Fray Luis, para el cual tenía mejor dispuesta la sensibilidad poética. No es el apogeo del momento feliz, sino el ocaso. Es el momento del desvanecimiento de la intuición como esos entresueños que andan al borde del sueño y de la vigilia.

Es la fuga de Cristo lo que a esta alma cristalina y musical arrebata. La fuga de la imagen musical de Cristo, el cual se mantiene en el aire y en el tiempo. Cristo llega, vase, torna, se desvanece. Entonces el clamor y el anhelo del poeta llegan a la mayor exaltación, producida entre sollozos y súplicas, en medio de un paisaje que queda frío, yermo y sordo.

Orígenes describe maravillosamente un fenómeno semejante en su homilía primera del *Cantar de los Cantares,* al comentar aquel versículo: *posuerunt me custodem vineis: vineam meam non custodivi.*

Finalmente—dice Orígenes—*la Esposa ve al Esposo, el cual, luego de ser visto, vase. Y esto hace frecuentemente en todo el* Cantar, *lo cual no puede comprender sino aquel que lo ha pasado. A menudo (y Dios me es testigo) vi al Esposo allegarse a mí y estarse cabe mí más que nunca, donde, retirándose súbito, ya no pude encontrar al que buscaba. Y veis aquí que otra vez vuelvo a desear su adviento, y nun-*

ca vuelve de nuevo. Y como pareciere que ya fuese alcanzado por mis manos, de nuevo se desvanece.

Es este pasaje el mejor comentario que cabe imaginar y desear a la oda a la ascensión de Fray Luis. Orígenes visionaba las apariciones sucesivas de Cristo, con una mentalidad mágica. Cristo obra como por encantamiento. Fray Luis postula nada menos que una nueva categoría del conocer en el orden de la vida y de la cualidad, con su tratamiento propio de los objetos, siquiera se trate de un orden ajeno al intelecto. El sentido del mal queda desvalorado y traspuesto, en virtud de una fuerza cognoscitiva, que es una tercera forma del conocer, una *tertia ratio*. Pero si Eros llamamos al nuevo orden, es Logos quien conduce parte del razonamiento de Fray Luis: la parte que llega a la línea divisoria entre intuición espiritual e intelecto.

En un mes de mayo, en el día de la Ascensión, primero que pasaba en la cárcel, casi recién llegado a ella, Fray Luis compuso su oda a la Ascensión de Cristo. Allí, como en el comentario del Salmo, exprime Fray Luis, cantando y sollozando, esta su principal Camena inspiradora de la fugacidad reiterada y discontinua de Cristo ascenso y venturo, juntamente con la aspiración al cielo, como no la ha sentido jamás poeta del mundo.

Fray Luis sigue en la caverna, y sabe recoger de la fábula de Platón un elemento que escapó a la caverna de Jordano, a la de Campanella, a la de Leonardo, a la de Pascal, a la de Rousseau, a la de Voltaire, a la del poeta de Don Juan; pero que existe implícito en la caverna de la *Vida es sueño* y en la caverna cómica de la *Insula Barataria*. Los españoles, pues, parecen a él especialmente sensibles.

Es el elemento de la representación escénica. Los titereros y truhanes de Platón vuelven a gesticular ante Fray Luis. Pero con un artificio insospechado e imponente. Jamás poeta ni pensador ninguno llegó, no ya a la audacia de imaginarlo, sino de desarrollarlo de un modo tan suntuosamente amargo, y tan magnífico.

En Fray Luis la *dramatis persona,* que se pone la máscara de la farsa, es Dios, el propio Dios ignoto. Ni Prometeo ni Job vieron tal cosa; pero este Fray Luis es a la vez Job y Prometeo. Dios es justo y amoroso. ¿Por qué me trata de severo? Es que se ha puesto la máscara de la severidad para concurrir con la acción escénica de esta figura al desenlace de la farsa, el cual no es otro que mi propio bien. Fray Luis se figura la caverna (transposición grandiosa, insinuada, de la cárcel) como un teatro en el cual ocurren aquellas misteriosas entradas y sa-

lidas de Cristo, como el *introito* o el *exit* de los personajes en el teatro.

Cuyo dardo, dice en el comentario al versículo sexto del Salmo, *no tanto arrebató la vida a Cristo (pues que tercero día resucitó, colmada de bienes y de creces), cuanto que llevó abolición y ocaso a nuestros pecados. Los cuales, acogiéndolos Cristo sobre sí, hizo el papel y a manera de personaje del mismo pecado.*

Y también en otro pasaje de la *Exposición,* al comentar aquel versículo: *Insurrexerunt in me testes iniqui, et mentita est iniquitas sibi.*

En lo cual, dice Fray Luis, *debe advertirse, ante todo, cómo fuera Cristo Jesús, a cuya persona referimos este verso, combatido de muchas personas en su Pasión. Y esto de varios modos. Porque unos le entregaron. Otros le acusaron. Otros le prendieron. De unos procedían abiertamente los dardos que le lanzaban, los cuales eran suministrados secretamente por otros. Finalmente, maltratado de todos, muerto fué y crucificado. Y de la manera que se hace la farsa en el teatro, así en aquella causa de Cristo y acto cruelísimo de su muerte, cada actor hizo su papel representando los personajes que ellos no eran.*

Constantemente se repite el tema escénico en todo el cuerpo de la Explanación, y llega a madurez

y eclosión en el Epílogo de la obra, siquiera aparezca envuelto con el tema de los enemigos y perseguidores, en forma de una catástrofe *sui generis,* falta de la ingenuidad de David, a quien Fray Luis comentaba.

Aquí, en el Epílogo, descubre a Dios, encarado con él tras la persona trágica; luego le delata, llamándose y negándose al engaño, y finalmente le requiere para que se arranque la careta con que se encubre y se le muestre en toda su plenitud y verdad.

En la caverna trágica, la de Eurípides, no hay desenmascaramiento de los personajes, porque tal es la materia teatral y su técnica. Investigación y delación sólo se dan en la caverna filosófica. La de Fray Luis, como elemental, es a la vez filosófica y trágica, y en ello reside parte de su hechizo. Tiene algo de caverna mitológica, y más la de Polifemo que la de Sileno. Y algo también de pintada caverna primitiva, donde, junto a las figuras de las lúbricas paredes, mora tal vez, sin ficción y sin velo y sin carne, tendido en la yacija milenaria, el esqueleto del hombre.

Con todo, no olvidemos el constatar de la moderación incoactiva, la lentitud del arranque, que, en el enjuiciamiento del fenómeno español, anima todo este estudio. Porque tal vez se llamase a de-

cepción quien parase mientes en la materia cavernaria de Fray Luis. En este poeta y teólogo español el Verbo de Dios es ante todo Voz, y la Caverna es ante todo Cárcel. Esto no empaña en nada a su grandeza, la cual, fuere como fuere, es la misma de la esencia española.

En la cárcel y caverna de Fray Luis está demasiado presente la figuración obsesionante de los enemigos personales, y perseguidores, como, para Sancho Panza, los que, bajo contrahechas carantoñas, seguían la jaula de Don Quijote. Es asaz insistente la requisitoria contra los enemigos y el alegato de la propia inocencia.

Por otra parte, no quiero tampoco terminar sin formular, después de la repulsa metódica preliminar, una concesión a las palabras transcritas de Coster. Fray Luis era, en efecto, un temperamento enfermizo y exaltado en la energía, mediante la reclusión en la cárcel. Su actitud empezó por ser la de un intelectual indisciplinado y acabó por ser la de un intelectual hipersensible, sin sensiblería en la expresión y trabajado y curtido en un siglo de hierro. Más que nunca es hoy su caso, como dicen, interesante. El temperamento de intelectual moderno (el que estrena este siglo), dolido en un ambiente desdolido y recio, es de lo que más hiere nuestra

observación, cada vez más desdolida, de hoy. Y éste, si no el valor eterno leonino que ha pretendido destacar este estudio, es también, entre otros, un valor actual de su literatura.

F. MALDONADO DE GUEVARA

FRAY LUIS DE LEÓN

SALMO XXVI

DOMINUS ILUMINATIO

Dios es mi luz y vida;
¿quién me podrá dañar? Mi fortaleza
es Dios, y mi manida;
¿qué fuerza o qué grandeza
pondrá en mi corazón miedo o flaqueza?
Al mismo punto cuando
llegaba por tragarme el descreído,
el enemigo bando,
yo firme y él caído
quedó, y avergonzado, destruído.
Si cerco me cercare,
no temerá mi pecho, y si sangrienta
guerra se levantare,
o si mayor tormenta,
en esto espero yo salir de afrenta.
A Dios esto he pedido
y pediré, que en cuanto el vivir dura
repose yo en su nido,
para ver su dulzura
y remirar su casa y hermosura.

Que allí en el día duro,
debajo de su sombra ahinojado,
y en su secreto muro
me defendió cerrado,
como en roca firmísima ensalzado.
Y también veré ahora
de aquestos que me cercan el quebranto,
y donde Dios se adora,
le ofreceré don santo
de gozo, de loor, de dulce canto.
Inclina, ¡oh poderoso!
a mi voz, que te llama, tus oídos;
cual siempre, piadoso
te muestra a mis gemidos,
sean de Ti mis ruegos siempre oídos;
a Ti dentro en mi pecho
(dijo mi corazón) y con cuidado
en la mesa, en el lecho
mis ojos te han buscado
y buscan hasta ver tu rostro amado.
No te me escondas, Bueno,
no te apartes de mí con faz torcida;
pues ya tu dulce seno
me fué cierta guarida;
no me deseches, no, Dios de mi vida.
Mi padre en mi terneza
faltó, y perdió mi madre el nombre caro
de madre con crudeza;
mas Dios con amor raro
me recogió debajo de su amparo.
Muéstrame tu camino,
guía, Señor, por senda nunca errada
mis pasos de contino;
que no me dañen nada
los puestos contra mí siempre en celada.

No me des en la mano
de aquestos que me tienen afligido.
con testimonio vano
crecer de mí han querido.
y al fin verán que contra sí han mentido.
Yo espero firmemente,
Señor. que me he de ver en algún día
a tus bienes presente
en tierra de alegría,
de paz. de vida y dulce compañía.
No temas a despecho
si se detiene Dios, oh alma: espera.
dura con fuerte pecho,
con fe acerada. entera,
aguarda. atiende, sufre. persevera.

EXPLANACIÓN DEL SALMO XXVI POR EL MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

EPÍLOGO

(Traducción del texto según la edición de Salamanca, 1589.)

I

MAS, dejando de hablar de materia ajena, hora es ya de que sólo trate y hable de mí, y de que convierta a mí mismo mi propia oración; que, cuando esto escribo, soy oprimido de los mayores males, condenado a cárcel, y hecho reo de infidelidad.

2

Y pues hace ya catorce meses desde que mis enemigos empezaron a cantar victoria sobre mí; y, así acusándome ante los jueces como desacreditándome e injuriándome ante las gentes, no cesan de

pedir mi cabeza; y ni se me muestra alivio alguno a mis males, ni brilla esperanza alguna de salvación: ¿he de perder el ánimo a causa de esto, y tener para mí que Dios no lleva auxilio a la inocencia? Lejos, lejos de mí, persuasión tan impía.

3

JAMÁS yo, Padre Santísimo, siquiera todos los males atropellen sobre mí, ni menos bien por eso juzgaré de ti, ni retiraré de ti mis ojos ni mi esperanza. Jamás sentiré de ti si no lo que del mejor y más indulgente Padre justo es sentir y creer.

4

PUES, por no mentar ahora los beneficios, grandes y muchos, que en otro tiempo me reportaste, esto mismo con que soy oprimido, que angustia ahora mi ánimo, *en lo cual pareces tratarme de severo, y que aun haces el papel (como en la escena) de airado y ofendido:* aquesto todo confieso que es hijo del amor tuyo eximio para conmigo.

5

PORQUE ¿qué paradero tuviera mi vida; adónde no se arrojara, alentada de la misma impunidad,

mi grande osadía en el pecar, si me hubieses sufrido en el camino que yo me había propuesto de seguir? ¿O si a mí, desbocado y ciego, y presto a rodar en el abismo, no me hubieses puesto el freno de tu temor?

6

PEQUÉ, lo confieso. Pequé mucho, miserable, contra ti; pequé lo más contra mí mismo, y mucho contra los demás hombres. Mis interiores codicias, rebasando los pelos de mi cabeza, entregaron a los enemigos el alcázar de mi ánimo. Traidor he sido a mí mismo.

7

Y como sea cierto que ya, siendo yo niño, y antes que me hubiere inficionado de los cuidados terrenos, me hayas llamado a la vida religiosa, es decir, a ti mismo; y cuando mozo inflamado con el estudio de lo mejor; y cuando hombre cabal colmado de tus dones inmensos: sin embargo, por tantos y tan grandes beneficios, muy mala gracia fué lo que te devolví. Ni solo fuí ingrato para contigo, sino que también, en lo que a mí toca, vine a ser la perdición de mí mismo.

8

PORQUE ¿qué otra cosa merecí sino que, rechazado por mis delitos y condenado a sufrir las penas merecidas, me arrojases en olvido sempiterno? Mas aquella tu bondad que te forzó a que en aquel otro tiempo, siendo niño que no sabía merecerte, me hicieses bien, ésa te empujó a que me infundieses el pavor de pena más severa, errante yo ahora y envuelto en el crimen, e ingrato despreciador de tus santísimas leyes.

9

HASTA donde fué lícito y posible, te mostraste conmigo benigno e indulgente; pero así que me viste abusar de esta tu indulgencia y corromperme con ella más cada día, y difundirse el mal que me aquejaba más y más cada día, entonces me deparaste medicina mordaz y acre que fuese cumplidera para sanar mi mal. Varió en ti la razón del hacer; la voluntad del bienhacer no fué trocada.

10

JAMAS mis enemigos pudieran tanto contra mí, si tú no hubieras querido servirte de su conato in-

justo para sólo mi salud. Porque ¿qué es lo que pueda caer menos dentro de mis costumbres que la infidelidad? Ni ¿qué habrá más ajeno a mí que faltar a la integridad de la fe verdadera, yo que siempre opté por defenderla con peligro de la vida y de mis intereses?

II

PERO, para que fuese más manifiesto haberse hecho todo este negocio más por el consejo tuyo que con el de los hombres, por razón de aquello soy herido que, si la cosa se midiese al justo, era para herir lo menos adecuado; y por aquella parte por donde parecía más guarnecido y seguro, por ésa, y a costado descubierto, recibo ahora de ellos todos los tiros.

12

CON las falsas incriminaciones de otros castigas en mí pecados ciertos; y, cuando consientes que yo sea insimulado de crimen que nunca cometí, las penas me exiges por los pecados a que di acogimiento: y por la acción injusta de los otros, justamente tú, y más aún, piadoso y amante, a mi ánimo, corrompido de tanto vicio, el hierro y fuego aplicas para que no perezca totalmente.

13

YA tu numen, oh Padre, conozco. Ya todo me desgano de mí mismo; y porque te ofendí miserable, me remuerdo y me atormento. Perdóname piadoso, y, aplacado finalmente, devuélveme tu gracia. *El mismo amor que te la impuso, arranque ya de ti esa carátula de severidad.* Hasta aquí has usado para mi salud de las imposturas de los otros: ahora, salvo yo ya, y devuelto a ti, la misma verdad en cierta manera te pide que la patrocines en su derecho.

14

VENGANZA y rigor fueron hechos sobre mí por cuanto supe merecer bien poco de ti, aunque casi lo bastante para lo que exige tu naturaleza aplacable e indulgente para con los tuyos. Ya es propio de ti el socorrer a la inocencia afligida (Salmo 136): *acuérdate Señor, de los hijos de Edon en el día de Jerusalén, los cuales dicen: derrocad, derrocad en ella hasta los cimientos.*

15

CON todo, no deseo vengarme de ellos; los lazos que me tendieron sólo trato de romper. Siempre los

tuve antes por dignos de misericordia que de odio; y a ellos, los que me hicieron la injuria, más míseros juzgo que yo, a quien toca sostener la injuria que me infirieron.

16

POR mí, que vivan felices y satisfechos, que no les voy a la mano; que a mí, libre ya de sus calumnias, me sea lícito retener íntegra la fe que pura conservé hacia ti, y la buena estimación de esa fe entre los hombres. Esto es lo que sinceramente te pido y suplicante.

17

AUXILIO me fuiste desde mi juventud: ahora, cuando más desfallece mi valor, no me abandones. Sé luz al opreso en las densas tinieblas de la desgracia. Sé salud al que lucha por sus mejores bienes y por su fama. Disipa los consejos de los impíos y, *enderezando a las tinieblas el rayo de tu luz, descubre las fraudes y las mentiras.*

18

Y arráncame de estos malvados; y, ya libre de ellos, devuélveme a los míos, es decir, a tus servi-

dores. Y reivindícame de los lugares de muerte a la región de vida.

19

QUE si esto no a mí, cierto es que a tu naturaleza te lo debes: débeslo a tu bondad, a tu fe, a tu clemencia. Porque cierto me será el importunarte siempre con mis preces, el aporrear tus orejas pacientísimas con mis querellas. No sosegarán de llorar las niñetas de mis ojos, y, aunque a menudo desechado, más a menudo clamaré: *Señor, fuerza padezco, responde tú por mí.*

20

DARAS al suplicante lo que deniegas al pecador; y, cuando esto dieres, las bocas de los muchos que sufren por mi causa resolverás gratas en tus alabanzas, tú, único digno de sempiterna laude, que verdaderamente eres Dios uno y verdaderamente trino. Amén.

Traducción de F. MALDONADO DE GUEVARA

CRIBA

EL GATO ESCALDADO

REVÉS Y DERECHO

De haber una supremacía, debiera por lo menos ser jurídicamente determinada. Lo antijurídico, puro hecho que perturba en cada momento la paz arbitrariamente, disolvería los fundamentos del orden de cosas europeo y su desarrollo. No siempre se hace notar que este orden se diferencia de otros que han aparecido en la Historia Universal precisamente por su naturaleza jurídica. Verdad es que los trastornos mundiales destruyen el sistema del derecho; pero, una vez pasados, vuelve este sistema a reconstituirse y todos los esfuerzos se cifran en perfeccionarlo.

(Leopoldo von Ranke: *Die Grossen Mächte*, página 21. Insel-Verlag, Leipzig.)

UN TOMISMO VIVO

Jacques Maritain: *Sept leçons sur l'être et les premiers principes de la raison spéculative.*
Chez Pierre Téqui. Paris, 1934.

Una vez y otra, y siempre con más esencial agudeza, se plantea el problema filosófico de qué actualidad tenga un sistema de pensamiento, brotado en una situación concreta y distinta de la nuestra. Se trata de la vigencia que pueda tener una Filosofía, con una fecha histórica, en el instante de hoy, de cada hoy. Pero se trata, claro es, de su validez—no ya de su valor—como Filosofía, es decir, desde el punto de vista de la verdad. El problema reside en ver el modo como sea posible predicar la verdad, y en qué sentido, de los diversos sistemas metafísicos, extendidos en la Historia. Esto se encuentra estrechamente vinculado, como se advierte a poco que se pare la atención, al tipo y grado de realidad de la Filosofía misma. El problema mencionado envuelve, en efecto, la pregunta de qué es, en su última raíz, la Filosofía, y se convierte, por tanto, en una urgente cuestión metafísica.

El nuevo libro de Maritain, sobre el ser, aparte los problemas que *trata* en sus páginas, *es* él una muestra concreta de la grave cuestión que acabo de esbozar. Para Maritain el tomismo es algo vivo. Algo cuya realidad no se agota en la Historia. No quiere, sin embargo—ya lo advierte él mismo—, hablar de un neo-tomismo o una neo-escolástica; de una Filosofía remozada y puesta a la moda o modernizada; sino *del*

tomismo, como realidad permanente y viva hoy. Se encuentra, como vemos, sumergido en la dificultad indicada antes. Pero lo grave es que propiamente no se plantea el problema, sino que más bien lo da por resuelto. *La «Philosophia perennis»* —dice— *es de todos los tiempos y no pertenece a Clío.* Y, sobre todo, poco más adelante: *La verdad no reconoce criterio cronológico.*

Estas expresiones, a primera vista, son hasta cierto punto claras y de escasas consecuencias. Vendrían a ser una negación del relativismo. Pero en realidad simplifican las cosas de modo extraordinario, y esto es peligroso. Por de pronto, encontramos en ellas dos conceptos que reclamarían con urgencia una aclaración no pequeña: *Philosophia perennis* y *verdad.* La dificultad se hace patente poniendo juntas estas palabras: la verdad de que aquí se trata no es una verdad concreta cualquiera, sino que es la verdad de esa *Philosophia,* de la cual se nos dice que es perenne. ¿Es esa verdad algo quieto y estático, que *permanece* simplemente a lo largo del tiempo? Parece que así sería, si la sustrajéramos a toda instancia temporal. Y entonces, ¿será perenne la Filosofía de la misma manera, o más bien como un viviente que va creciendo y perdurando? Probablemente, Maritain piensa en una continuidad de labor, que va integrando el cuerpo de verdades de una doctrina, de modo que vayan profundizándose cada vez más y al mismo tiempo se conserven. En suma, piensa en una tradición, en un legado que cada cual se encuentra ahí y a partir del cual ha de filosofar.

Esto, en un sentido, es bastante claro. Pero se ocurren dos observaciones, dos dudas que no pueden menos de oscurecer algo el pensamiento de Maritain. La primera sería la pregunta de si la marcha progresiva de la Filosofía que pide el autor, puede ser sin más un enriquecimiento de las verdades, de manera que se sucedan en una línea continua y conserven siempre su misma jerarquía en cuanto verdades. Podría pensarse, y no sin fundamento, que compitan al progreso de la Filoso-

fía esenciales viradas, estadios irreductibles, en cada uno de los cuales las verdades, aun siéndolo, no lo sean en el mismo sentido riguroso, y funcionen de modo distinto en el cuerpo de la Verdad filosófica. Estos estadios serían las unidades históricas—y aun más—de la Filosofía. (Determinar los caracteres esenciales de estas unidades y ver hasta qué punto coincidían o no con las construcciones filosóficas de *cada* individuo, sería una complicada cuestión, de no escaso interés.) Y con esto venimos a desembocar a la segunda dificultad, que está en íntima conexión con la primera.

Maritain—aparte una ligera salvedad—se refiere exclusivamente al tomismo, al cual tiene buen cuidado de atribuir, *à un titre éminent,* una sustancia que domina el tiempo, un alcance universal y una capacidad de reconciliar y superar todas las metafísicas, en una síntesis trascendente. Naturalmente, esto requeriría una cierta justificación. Por otra parte, no nos dice si estas virtualidades las posee el tomismo como mera capacidad o si están ahí, actualmente existentes, en el tomismo histórico. Además, añade un poco más lejos algo que me parece decisivo: *Sur la terre médiévale le thomisme n'a pas «culturellement réussi». Il a été comme mis en réserve dans le ciel de l'Eglise.* Santo Tomás es un santo profético, acaso escatológico—son sus palabras. Pero esta afirmación no aparece nada clara. Se podría pensar, por el contrario, que el tomismo ha tenido un magnífico desarrollo, a partir del escotismo, y no sólo dentro de la Filosofía medieval, sino que se prolongaría a lo largo de toda la metafísica europea moderna. (Igualmente, en Santo Tomás habría encontrado su madurez, en el siglo XIII, toda la escolástica anterior.) Claro es que este desarrollo del tomismo estaría fuera de él; no sería ya tomismo, *ni siquiera forzosamente escolástica,* sino, simplemente, Filosofía. Las consecuencias y los estadios sucesores de la metafísica de Duns Escoto y de Ockam, por ejemplo, habrían de buscarse en Descartes, Espinosa y Leibnitz, concretamente.

Lo demás, al menos en sus dimensiones esenciales, había de tornarse necesariamente exégesis.

Y aquí nos encontraríamos, agudamente planteado, el problema de la actualidad de la Historia de la Filosofía, respetando la pluralidad de sistemas. ¿Qué puesto y qué función tendría hoy el tomismo en el sistema de la verdad? ¿Cuáles serían sus posibilidades inéditas y aún no ensayadas? Pero, entiéndase bien, estas posibilidades no se podrían poner en juego sin más, sino que habría que hacerlo desde la altura de la metafísica actual. De nuevo nos aparece la necesidad de dar cuenta, *desde nuestra posición,* de la Filosofía pretérita.

Maritain, al limitarse al tomismo y caracterizarlo como he indicado antes, prescinde, pues, de lo que es verdaderamente grave y da por resuelto el problema. Dejando a Santo Tomás en reserva en el cielo de la Iglesia, puede venir cómodamente a tomarlo de nuevo, vivo y en perfecta actualidad. Así, sin duda alguna, es cierto que el tomismo no pertenece a Clío y se sustrae al tiempo. Pero, naturalmente, es a costa de haber suprimido en la consideración la inevitable realidad de seis largos siglos de metafísica.

La actitud de Maritain en este aspecto resulta claramente manifiesta al exponer cómo puede progresar el tomismo para actualizar el progreso de la Filosofía. Los demás sistemas son insuficientes y parciales; por eso son vacilantes y efímeros, aptos solamente para una época. Sólo se mantienen asidos a sus partes de verdad. No es éste el caso del tomismo, fundado, *tout entier,* en principios verdaderos. El tomismo deberá realizar progresivamente, él, echando mano para ayudarse de los otros sistemas filosóficos, la filosofía virtual que encierra. Por cierto que aquí Maritain alude a los posibles retrasos que esto experimente, a causa de la pereza de los tomistas; y esta frase incidental, dicha al paso, me parece interesante y sintomática de un modo de juzgar algunos aspectos esenciales del problema. Valdría la pena investigar con alguna precisión

esta relación entre el tomismo y los tomistas, que, según deja entrever la expresión de Maritain, pondría a la Filosofía en una situación de extrema facticidad. Acaso una posible *pereza* de los tomistas no fuese en modo alguno azarosa, sino que viniese determinada por las propias posibilidades internas de la doctrina misma. La cuestión es aguda y, probablemente, nada sencilla de resolver.

Desde estos supuestos, nos da Maritain siete finas y claras lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa. Parte de los fundamentos de la ontología tomista y, en definitiva, aristotélica. Al comienzo de su estudio recuerda la afirmación de Santo Tomás: *Illud quod primo cadit sub apprehensione est ens, cuius intellectus includitur in omnibus, quaecumque quis apprehendit.* Este es su punto de arranque; pero tiene buen cuidado de aclarar que hasta aquí no se trata de metafísica—si no, todos los hombres serían metafísicos—, puesto que el objeto formal de la Filosofía primera es el ente *en tanto que ente, ens in quantum ens,* de acuerdo con la definición de Aristóteles *(Metafísica,* l. IV, cap. I). Con esta cautela, Maritain toma posición frente a algunas tendencias que harían del ser que se presenta al sentido común, el objeto de la Filosofía. Caracteriza a la metafísica como *scientia communis,* y se cuida de distinguir su objeto (o sujeto, con el término medieval) del *ser vago* del sentido común, del *ser desrealizado* del lógico y, finalmente, del *seudo-ser* de la lógica degenerada. Es otra penetrante cuestión ésta de los diversos modos de patencia del ser: Maritain va poniendo el dedo en las llagas. Por desgracia, se limita a una mera descripción de estas maneras de mostrarse el ente, y sólo las caracteriza a veces de un modo formal. Falta lo que sería decisivo: un análisis ontológico del problema.

De este modo, por los cauces de la metafísica tomista, transcurre el libro de Maritain, tras el que se vislumbra frecuentemente la sombra de Aristóteles. A cada página saltan

nuevos problemas, vivos y punzantes, a veces largamente soterrados. Y también con frecuencia se entrevén—lo que no deja de resultar interesante—las cuestiones más actuales de la metafísica. Sería de desear que Maritain se decidiese un día a replantear y a fundamentar de nuevo, radicalmente, las viejas preguntas esenciales de la Filosofía medieval. Así sí que se podría, sin duda, lograr *in actu* un tomismo verdadera y filosóficamente vivo.—J. M.

LO QUE ESTÁ PASANDO

Karl Löwith: *Kierkegaard und Nietzsche oder theologische und philosophische Überwindung des Nihilismus.* Vittorio Klostermann Verlag. Frankfurt am Main, 1933.

Ya hace tiempo que se oye hablar en Europa de crisis y fracasos, de desvaloraciones y decadencias. Parece que hay un romperse y venirse abajo algunas grandes cosas. ¿Cuáles? Al mismo tiempo se muestra una y otra vez, entre las grietas y presuntas ruinas, el hombre europeo. Al conmoverse el contorno, aparece de rechazo a plena luz el que sufre la conmoción, aquel que da a su vez sentido a esa supuesta decadencia. El hombre europeo, con distintos perfiles, se dibuja repetidamente, alumbrado por ese ocaso.

Podría creerse que esto es la más estricta actualidad; pero, realmente, viene de más lejos. Poco más o menos, de hace cien años. En esta fecha se cierra con Hegel el Idealismo alemán, en sentido estricto. La longevidad de Schelling no impide en realidad que Hegel *concluya* el período. Y desde entonces se tiene la impresión de haber ocurrido algo extraño y grave. Se siente la inquietud de estar en presencia de algo decisivo y complicado. Pero esta inquietud es también muy

compleja: por lo pronto, de doble signo. No se sabe si ha terminado algo o si se está empezando una era nueva y alta. Desde luego, entonces comienza lo que ha sido propiamente el siglo XIX. Pero, ¿qué ha sido este siglo, que tenemos aún gravitando, tan pesadamente, detrás? Es extraño lo mucho que cuenta esa centuria, aunque sea negativamente, para nosotros. Y esto no es casual, sino que nos influye con el problematismo de lo que ha sido. Del saber lo que fué el XIX depende en gran parte que sepamos lo que hoy nos ocurre.

Una cosa parece clara: y es que el XIX—1830-1900—no ha sido lo que entonces se pensó. No una época de plenitud, abierta hacia adelante, hacia un ancho futuro, sino más bien lo contrario. Con el XIX se acaban y se cierran muchas cosas. Y entonces, ¿ese aire de época nueva y llena, esa modernidad tan mañanera, de siglo recién estrenado, que duró hasta sus fines? Si pensamos que al llegar el siglo XIX terminó una fase esencial de la vida humana, si con él se agotó la posibilidad de una cierta manera de estar en el mundo, comprenderemos que entonces debió de llegar a su plenitud ese mismo modo de estar; el siglo XIX recogió los frutos maduros, si bien entonces, claro es, era menester sembrar de nuevo.

El llegar a esa plenitud había de dar, por necesidad, una fuerte impresión de riqueza. El mundo estaba lleno como pocas veces. Pero lleno, ¿de qué? Por lo pronto, lleno de cosas: cosas que se sabían y muchas cosas para hacer casi lo que se antojara. Pero, ¿para hacer qué? Podría ocurrir que no bastase con todo esto, e hiciese falta algo muy importante. Por ejemplo, eso: qué hacer. Tal vez estuviesen las cosas tan hechas ya y adultas que no pudiesen hacer sino deshacerse.

Esto nos explicaría no pocas cosas. Por ejemplo, que también hubiese en el XIX, aunque más honda y subterránea, una sensación de acabamiento, de estar moviéndose en algo ruinoso y deleznable, que se deshacía, que se hacía *nada*, que se aniquilaba. Y luego, todo lo demás que ha ocurrido después.

Bajo la abundancia y riqueza de la época se ocultaba una radical insuficiencia. Un absoluto vacío, una oprimente negación. Esto podían adivinarlo solamente algunos claros y perspicaces espíritus.

Löwith nos recuerda que esto fué así, trayendo a nuestra atención los nombres de Kierkegaard y Nietzsche, a propósito de un nihilismo teológico y filosófico. Además, nos los trae a la vista como precursores de nuestra inmediata actualidad metafísica: como forjadores de los dos conceptos *existencia* y *vida,* de tan alto relieve en la filosofía de hoy. Esto no parece, en ningún modo, una coincidencia casual, sino más bien signo de haberse enfrentado estos dos filósofos, acaso los primeros, con la misma esencial situación que llega hasta nosotros.

Kierkegaard y Nietzsche tienen conciencia clara de malestar y decadencia. Desesperación—dice el primero—; desvalorización de los valores—agrega el segundo. Y los dos terminan en la visión de una absoluta falta de sentido en las cosas: de un radical nihilismo. Para Kierkegaard y Nietzsche es evidente que se han hundido o faltan grandes cosas. Podemos repetir: ¿cuáles?

Los dos se vuelven y señalan, con diverso gesto, hacia el Cristianismo. Según Kierkegaard, el hombre lo ha perdido, está sin Dios. Para Nietzsche, en cambio, el hombre no ha acabado aún de liberarse de Dios. Uno y otro se hacen cuestión de los años de Cristianismo que han transcurrido. Y—coincidencia interesante—ambos reniegan de ellos. Es preciso rechazarlos—piensa uno—para ponerse en el auténtico y originario Cristianismo. Para *volver* de la desesperación ante la nada a la creencia ante Dios, *como si no hubiese habido esos 1800 años.* Nietzsche, a la inversa, cree que el nihilismo consiste en que las cosas no tienen ya sentido ni valor, porque se ha perdido la fe en los del Cristianismo. El hombre postcristiano—dice Nietzsche—ha falseado su existencia, ha vivido contrariamente a su *naturaleza.* Le urge, pues, dar un paso

adelante, en el futuro, hacia una naturalización del hombre. También aquí se trata de *volver*, sólo que a la naturaleza. Pero esto no es nuevo.

Se pensará en Rousseau; la cosa, no obstante, viene de mucho más atrás. Cuando menos, de los estoicos. Sin embargo, podemos prescindir aquí de ellos; y no por excesivamente remotos, sino porque acaso hablen de otra *naturaleza* distinta, y no conviene complicar demasiado las cosas. Nos podemos fijar en un momento muy posterior, en que precisamente adquieren cierta actualidad los estoicos, traducidos, claro es, al tiempo nuevo. Me refiero a la época, en íntima conexión con el XIX, del Renacimiento. También aquí se clama por la naturaleza. A lo largo de estos siglos—XV-XVII—se oye siempre hablar de ella: *lumen naturale, jus naturale, religio naturalis.* Y también, más tarde, *the human nature.*

¿Qué naturaleza es ésta? Acaso se nos aclararía, buscando su concepto contrapuesto. Seguramente, los hombres del Renacimiento pensaban en una *naturaleza,* a diferencia de una *gracia.* Naturaleza y gracia, como todavía se ven juntas en Leibnitz. Claro es que en el XIX no se refieren a eso. Se piensa en la moderna pareja naturaleza-cultura. ¿Qué ha ocurrido? Estamos frente a una cultura hecha por aquel *lumen naturale,* bajo el signo de la naturaleza, afectada de un modo decisivo por una espléndida ciencia natural. Y ahora estos conceptos se contraponen.

En Kierkegaard y en Nietzsche hay una llamada al individuo, a la existencia propia, frente al mundo y frente a la multitud, que es la forma humana del mundo exterior. Ese mundo es, más o menos, naturaleza, y ante él y su cultura necesita Kierkegaard un sitio donde poder meterse, una intimidad existencial. No le sirven ni el mundo común ni la Iglesia común, en su tiempo de nivelación y vida de masa (Marx, *Soziale Bewegung,* etc.)

En este momento va a exigir Nietzsche la naturalización

del hombre y, frente a la tradición cristiana, su amoralidad natural. Encontrará sus soluciones en la voluntad de poder y en Dionysos. Pero es preciso fijarse un poco en algunas cosas. La primera, que, al hablar de naturalización del hombre, no puede olvidarse que se trata del hombre. Es decir, que esta naturaleza será no cualquiera, sino una muy peculiar: la humana. Podría pensarse que pertenezca a ella, justamente, el no ser natural, en el sentido del mundo. Así se explicaría la necesidad de una morada propia, distinta del mundo común; de esa intimidad que pedía Kierkegaard. En segundo lugar, conviene observar que Nietzsche va a echar mano de algo tan poco natural como el superhombre. En el fondo, a pesar de las apariencias, apenas se podrá hallar una idea más apartada de un naturalismo que ésta del *Übermensch*. Sería interesante analizarla con alguna profundidad. Y quizá esto nos pusiese en camino de aclarar dos cosas: el sentido de la falta de visión de Nietzsche para el Cristianismo sería una de ellas. Y la otra, esa perplejidad que invade cuando se pregunta uno por la tradición filosófica de Nietzsche. ¿De dónde viene? ¿A partir de qué *últimas* fuentes filosofa?

Un análisis profundo de este turbulento hervidero de confusos problemas, y una auténtica investigación acerca de la naturaleza humana, acaso nos permitiesen utilizar eficazmente un hilo conductor: el que, probablemente, a partir del Renacimiento, los hombres europeos han ido echando en olvido la vieja afirmación teológica de que *gratia naturam non tollit, sed perficit.*—J. M.

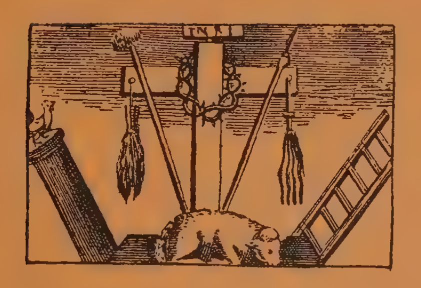
Representaciones

MIGUEL HERNÁNDEZ

Quien te ha visto y quien te ve
y
sombra de lo que eras

(Auto sacramental)

TERCERA PARTE



SETIEMBRE
1 9 3 4

PERSONAJES
DE LA
TERCERA PARTE

(Principales y accidentales.)

HOMBRE
LA VOZ-DE-VERDAD
LOS CINCO SENTIDOS
CARNE
BUEN LABRADOR
DESEO
CAMPESINO
VARIOS GRUPOS DE LOS SIETE PECADOS CAPITALES

Parte tercera.

(FASE ANTERIOR)

Estado del Arrepentimiento: cualquier lugar de una mansión al filo de un desierto.

Escena I

El Hombre (solo y sin compaña).

¡Solo y yo sin compañía,
me acosté y no amanecí:
en el sueño me perdí
y no me hallo todavía!
Otra voz era la mía,
otros ojos, otra faz;
otra vida más veraz,
más luciente, más subida...
Aunque vivida, no es vida,
vida que no vive en paz.

¡Aún saboreaba heces
de la caída primera,
del primer pecado, y era
ya pecador por dos veces!
¡Ay cuerpo, que te estremeces
de acobardado recelo
por no haber levado vuelo
de una santísima suerte,

y te da miedo caerte
cuando ya estás en el suelo!

¡Caí tanto, tanto y tanto
cuando me dejé caer,
que ya, para no volver
a caer, no me levanto!
¡Cuánto peco!... ¡Cuánto, cuánto
me reitero pecador!
Perdí una vez el temor
ante el pecado mortal,
y si entonces fuí de mal,
ahora de mal en peor.

¡Ay! No me harto de pecar,
¡siempre obediente al Deseo
y a la Carne!, y lo que veo
no es lo que quiero mirar.
Me quisiera derramar
desde aquí, Dios, hasta allí,
hasta ese Allí tuyo yo,
y aunque mi cuerpo que no,
dice mi razón que sí.

¡Enguízcame con tu amor,
con tu voz de miel y miera!...
¡Tengo gana!: yo quisiera
que me enguizcaras, Señor.
Mas ¡ay!, que me da temor
el que tu boca me pida;
convida... mas no convida,
que sin vida quedaré...
¡Ay! ¡Ay!, que me pasaré
en un *¡Ay!* toda la vida.

ESCENA II

El Hombre, el Deseo y la Carne.

Deseo.

¿No te da angustia estar con tanto viento,
tan solo, tan divino?

Carne.

La soledad, marido, es un tormento;
el viento, un desatino.

Deseo.

Ven conmigo.

Carne.

Conmigo: mi compaña
ha de aliviarte la melancolía.

Hombre.

¡Dejadme!; solo y mondo
estoy peor y encuentro mejoría.
Me doléis ya los dos en lo más hondo.
(A la Carne.)
Tu hermosura me daña,
(Al Deseo.)
tu presencia es nociva al alma mía.
Quiero por compañía
la soledad y el viento en que me escondo...
Me duele con rigor vuestra compaña:
¡dejadme solo y mondo!
Quiero ponerme atento
al cielo, a lo infinito;

dedicarme a la altura, como el viento,
con un sosiego libre de apetito.
Hasta aquí, siempre puesta
la atención sólo en ti tuve, Deseo:
desde ahora la quito.

Deseo.

No sabes lo que cuesta
evitarme y dejarme sin empleo.

Hombre.

Yo veré si te evito.

Deseo.

Soy necesario a todas tus acciones,
y no podrás gran cosa.

Hombre.

Me sobran devociones.

Deseo.

Te falta voluntad, tienes esposa:
ésta.

(Le enseña la Carne.)

Carne.

Marido mío, estás ligado
a nosotros por todo lo que alienta.

Hombre.

¡Sólo por el pecado!

Deseo.

Como al yunque el herrero,
como el clavo al martillo,

como la leña al fuego que alimenta,
como el agua al venero,
como al pan el cuchillo,
sujeta está a nosotros tu criatura
y en vano te ejercitas para el vuelo:
por más que lo procura,
no puede desertar la tierra al cielo.
¿Quién te ha dicho que el peso y el volumen
de la piedra redonda
puede volar?

Hombre.

La altura en que se sumen
los montes, y la gana de la honda.

Carne.

¡Ah, ya sé!: tú has oído
la voz de ese profeta
que clama contra mí, y a ti, marido,
nada te reconoce ni respeta.

Deseo.

(Despectivo.)

Ese que va desnudo...

Hombre.

Igual que la razón y que la peña.

Deseo.

... enormemente rudo
por estas soledades...

Hombre.

Igual que la verdad del sol, que enseña
sin sombra las verdades.

Carne.

¡Cómo!, ¿cómo consientes
que viva aquel que contra todos clama?:
soy yo la que te digo...

Hombre.

¡Tú me mientes!

Carne.

Te amenazan sus voces...

Hombre.

¡Él me ama!

Deseo.

Él busca que te pierdas...

Hombre.

Porque quiere
que me gane, Deseo.

Carne.

Te maldice, te insulta, te zahiere...

Hombre.

Mas sólo al que me veo:
no al que me miro. Sólo al que hasta ahora
soy, quisisteis que fuera:
no al yo que quiero ser y él enamora
de tan brava manera.

Carne.

Pero ¿qué es lo que tienes
debajo de las venas que no cobra
rencor, coraje ciego?

Hombre.

Lo que quiero tener bajo las sienes:
¡razón!, razón de sobra
para no equivocarme luego a luego,
y en vez de sangre un poco de sosiego;
que no sea temor todo y zozobra
por resolverlo todo a sangre y fuego
en una vana lucha.

(Se oye la Voz-de-Verdad en el silencio ensordecedor del Desierto.)

La Voz-de-Verdad.

¡Oíd!

Deseo.

¡Él es!

Carne.

¡Él es!

Deseo.

¡Escucha!

Carne.

¡Escucha!

La Voz-de-Verdad.

¡Oíd, criaturas, oíd!:
ya están las aguas dispuestas
a limpiar la primer mancha
en un jordán de inocencia.
¡Tened, para recibirlas,
prevenida la cabeza!
El que os tiene que salvar
y ha de venir ¡ya está cerca!

El que os dejará muriendo
por daros la vida eterna,
aún nò vive y ya está muerto,
ya está en la cruz y aun no alienta,
aun no está muerto y ya está
subiéndose a las estrellas.

Hombre.

¡Ay!, ¡qué verdad!

Carne.

¡Qué mentira!

Deseo.

¡Qué farsa!

La Voz-de-Verdad.

Criatura, ¡llega
a lavarte los pecados
en el río de la pena!
El que te ha de redimir
¡míralo ya cómo albea!:
plantel de heridas su cuerpo;
su pecho, jarro de miera;
su corazón, un racimo
que tus maldades aprietan.
En un vallado de espinas
su frente cautiva lleva,
y aunque se estrechan sus sienes,
sus pensamientos se aumentan.
Los clavos lo hacen esclavo,
por hacerte a ti de veras
señor. Lleva su costado
igual que una fuente acuestas.

Cuatro puntos cardinales
su cuerpo en cruz manifiesta:
el Oeste con la zurda,
el Este con la derecha,
el polo Sur con el pie
y el Norte con la cabeza.
Y se quedan sus heridas,
bobas de amor y de pena,
como mujeres del campo,
todas con la boca abierta.

Hombre.

¡Ay!, ¡qué verdad!

Carne.

¡Qué mentira!

Deseo.

¡Qué calumnia! ¡Qué novela!

La Voz-de-Verdad.

No ha bajado y ya ha subido,
no ha venido y ya está aquí;
aún no está aquí y ya se ha ido,
pálido y descolorido
de amor, de Dios y de ti.

Aún no ha salido del susto
de la virgen que le espera
para darle albergue justo,
y ya está en tierra el arbusto
que ha de hacerlo enredadera.

Antes que El que aun no respira
venga, a este río llegad
que los pecados retira.

Hombre.

¡Ay!, ¡qué verdad!

Carne.

¡Qué mentira!

Deseo.

¡Qué mentira de verdad!

Escena III

El Hombre, el Deseo, la Carne, los Cinco Sentidos; cuando se indique, la Voz-de-Verdad.

Deseo.

¡Mirar!, ¿donde estás? ¡Oler!,
¡Gustar!, ¡Tocar!

(Salen estos cuatro Sentidos a la voz del Deseo.)

¿Y el Oír?

(Sale el otro Sentido.)

Oír.

Aquí estoy.

Deseo.

Es menester
que atendáis: vais a traer
al que no sabe decir,

gritando por el desierto,
más que mentiras, cautivo.
¡Mira que dar por muy cierto
que Uno vendrá que está muerto
y está eternamente vivo!
¡Traédmelo aquí!: es aquél.

(Señala a cualquier lado del Desierto. Y allí se dirigen los Cinco Sentidos.)

La Voz-de-Verdad.

Vendrá la Luz más desnuda
a investigar el cuartel
de la Sombra, y hará miel
y afirmación de la duda.

Llegará el Buen Sembrador
a panificar secanos:
para el surco del dolor
sólo puñados de amor
se le caerán de las manos.

(Entran los Cinco Sentidos con la Voz-de-Verdad, memoria aparente de Juanazo el Batiste, como dice mi madre.)

Deseo.

¿Por qué esos gritos que das?

Carne.

¿Para qué?, ¿con qué motivo?

Deseo.

¿Por qué a todas partes vas
gritando sin más ni más
y anunciando a un muerto vivo?

Hombre.

(Con ansias de Vida.)

¿Quién eres? ¡Dilo al momento!

La Voz-de-Verdad.

Soy la Voz de la Verdad
y del Arrepentimiento:
si pecasteis, sentimiento
haced, y si no, ¡temblad!

Porque llega a su sazón,
ya cercana, la Ventura,
remedio del corazón,
que sólo con la intención,
sólo imaginado, cura.

El saludable Manjar
que hará su nido en el trigo
y en la vid de miel llevar:
pero también va a llegar,
con la Bondad, el castigo.

¡Que tiemble aquel que en su pecho
sólo apetitos sustente!
¡Que tiemble aquel cuyo lecho
está de deseos hecho,
y duerme y no se arrepiente!

¡Que tiemble aquel que en la hoguera
se quema de sus pasiones;
el que en pecar persevera:
el que vive hasta que muera
de bajas inclinaciones!

Porque llegará en seguida,
si a la enfermedad salud
y a la muerte eterna vida,
la libertad reducida
que teme la esclavitud.

El que dicta soberano
leyes espirituales...

Deseo.

¿Qué dice? ¿Un rey? ¿Un tirano
nos anuncia?

Carne.

Vendrá en vano:
¡aquí todos son iguales!
¡Aquí nadie dicta leyes!

Deseo.

Aquí las capas son sayos,
y los toros bravos, bueyes:
¡aquí todos somos reyes
y todos somos vasallos!

No admitimos señorío
de nadie a nadie.

Hombre.

¡Yo, sí!

Carne.

¡El mío!

Deseo.

¡El mío!

Oír.

¡Y el mío!

Los demás Sentidos.

¡Y el nuestro!

Hombre.

(A la Voz.)

¡Llévame al río
y dame a tu rey allí!

La Voz-de-Verdad.

Los días te lo darán
próximamente; entretanto
que llega el celeste pan,
¡enjuágate en el jordán
penitente de tu llanto!

Deseo.

No me lo revoluciones:
¡calla, loco!, ¡calla, loco!

La Voz-de-Verdad.

¿Quién acallará los sones
de mis voces?

Deseo.

Mis prisiones.

La Voz-de-Verdad.

No me callaré tampoco
si a la prisión me condenas.

Deseo.

Te hará callar el tormento.

La Voz-de-Verdad.

Sin lengua, sin sangre apenas,
¿quién podrá poner cadenas
al alma y al pensamiento?

Deseo.

¡Yo solo!, que he preparado
a esa colérica racha
que te trae aquí agitado,
si para el alma un pecado,
para el pensamiento un hacha.

¡Carne!, ¡a danzar! Y tú, acero,
¡a relucir a su vista!

(Saca un hacha del manto. Danza la Carne lasciva.)

Que elijas rápido espero:
¡elige!... ¿Quieres o quiero?

Los Cinco Sentidos.

(Rodeando a la Voz-de-Verdad burlones.)

¿Qué quiere Juan el Bautista?

Hombre.

(Angustiado.)

¡Dejadlo ya!

Deseo.

¡Cállate!

La Voz-de-Verdad.

¡Ay, Carne, de encantos vanos!,
¿por qué danzas?, ¿para qué?:
¡si en la danza se te ve
el temblor de los gusanos!

Carne.

¡Matadle, que no me ofenda!

Hombre.

¡No, por Dios!

Deseo.

¡Vano es tu empeño!

(A los Cinco Sentidos, dándoles el hacha.)

¡Tomad esta blanca prenda,
y dejadle, porque aprenda,
sin cabeza para el sueño!

(Se llevan los Cinco Sentidos a la Voz-de-Verdad, y la Carne sale tras ellos. Pausa. Se oye un golpe y varios más asesinos. En seguida, *un gran aparato de truenos,* como dice Calderón. Y entra la Carne, danzando con la cabeza de la Voz-de-Verdad dentro de una fuente sopera, caliente el tiesto de la sangre que espira la herida del cuello. Aparece un Sentido limpiando los labios feroces del hacha y los otros cuatro llevando el cuerpo descabezado y grandioso.)

Deseo.

(Dirigiéndose a la cabeza sin objeto.)

Ahora, que tu voz se atreva
à echar su predicación.

(El eco de la Voz-de-Verdad, como hablando por su cabeza.)

Desterrados hijos de Eva,
se acerca una Vida Nueva...

Carne.

(Cayendo arrepentida.)

¡Piedad!

Los Cinco Sentidos.

¡Clemencia!

Hombre.

¡Perdón!

(Todos se arrodillan contritos. Sólo el Deseo permanece en pie incrédulo y atrevido. Y los truenos y los relámpagos siguen produciéndose temerosamente en el cielo, conmoviendo y conmocionando todas las cosas de la tierra.)

(FASE INTERIOR)

(Un sitio a la entrada del campo, entre una carretera fácil por lo llano y una vereda difícil por lo subido.)

ESCENA I

El Hombre, la Carne y los Cinco Sentidos.

Oír.

Yo quiero quedarme sordo.

Tocar.

Manco quedarme quisiera.

Gustar.

¡Ay, cuánto he mentido!; ¿quién
quiere arrancarme la lengua?

Mirar.

Yo no quiero ver: ¡llenadme
estos dos hoyos de tierra!

Oler.

Yo quiero ser insensible
a los olores y esencias
de las rosas, de los frutos,
del verano, de la higuera,
de la miel y del arrope,
del pecado y de la hierba:
que mis dos fosas nasales
fosas de las cosas sean.

Carne.

Que la verdad de los huesos,
toda esta calumnia bella
de mi carne, de mi sangre,
de mis pechos, de mis venas,
este falso testimonio
de mí, los trague la arena.
No quiero disimular:
que en levantar la corteza
se me ha de ver la verdad
en forma de gusanera.

Hombre.

¡Llora!

Oír.

¡Llora!

Oler.

¡Llora!

Gustar.

¡Llora!

Mirar.

¡Llora!

Tocar.

¡Llora, madalena!

Hombre.

Carne, que ya arrepentida
de serlo estás, sufre y pena.
Olvídate de lo que eres,
y acuérdate de que llevas
dentro de la carne el hueso,
la luz dentro de la niebla.
¡Llora como lloro!

Oír.

¡Llora!

Gustar.

¡Llora!

Mirar.

¡Llora, madalena!

Hombre.

Yo ya no soy ni mi sombra:
yo quiero ser más que ella.
Yo la he tomado conmigo,
tema de mi mismo tema.

Estoy, el alma en un hilo
siempre, como la cometa.
Sueños de pólvora son
los sueños que me alimentan.
Antes tenía deseos,
¡sólo deseos de bestia!;
ahora deseos y ganas
de no tenerlos siquiera.
¿Podré ser el que no soy,
y no el que quiere que sea
el mundo, que cada día
redondea su soberbia?
Los sabios, sencillamente,
con una sencillez necia,
piensan que no saben nada
y exponen toda su idea,
pero pensando que así
saben más de lo que piensan.
Enjaulado está el dinero
como lo que es: una fiera,
en jaulas de mármol y oro
confusamente babélicas,
donde se pudre aumentando
como acre-edor de hipotecas;
y en las aceras de enfrente
pega gritos la miseria,
que aun gritando nadie oye,
todos sordos con orejas.
Satisfecho de esta vida,
nadie de la otra se acuerda,
y sólo se mira al cielo
para ver si llueve o truena.
El bueno hace una bondad
y que le sobra se idea:

no sabe (o lo sabe y calla),
que hacer una obra buena
por dejar de hacerla, es
no hacer las obras perfectas,
ser bueno de cuando en cuando,
malo con intermitencias.
El malo hace una maldad
y luego, luego, la enmienda
con otra mayor, pensando
siempre que la otra es pequeña.
El silencio hace silencio
y las preguntas respuestas.
Sin voluntad de buscar,
nadie busca y nadie encuentra
más que lo que encuentra yendo
evidentemente a ciegas.
¡Ay! ¡Qué gana de ganarme
la vida solo me entra!
(la vida para la muerte),
pues ya sé por experiencia
que si solo peco una,
en compañía quinientas.
Cuando vaya a hacer un mal
lo pensaré mucho, y de esta
suerte será un bien el mal:
que el pecado se cosecha,
no cuando menos, sino
cuando ni nada se piensa.
Llorar quiero los de antes
(que los de después no vengan,
Señor), solo en tu compaña,
lo mismo que madalena.

Oír

¡Llora!

Oler.

¡Llora!

Gustar.

¡Llora!

Mirar.

¡Llora!

Tocar.

¡Lloremos todos con ella!

ESCENA II

Los mismos y el Deseo.

Deseo.

El que no peca no goza.

Hombre.

El que no peca no pena:
el que no peca no tiene
nada de que se arrepienta.

Deseo.

El que no es malo no sabe
jamás lo que es cosa buena.

Hombre.

¡Yo no he de saberlo más!

Deseo.

Tú me debes obediencia
y has de caer antes que
pregona un gallo y se seca
esta saliva que yo
mando del labio a la tierra.

(Escupe.)

¡Carne!

Carne.

¡Ya no te deseo!

Deseo.

¿Que tú ya no me deseas?...
¡Oler!, ¡Oír!, ¡en seguida!;
¡Gustar!, ¡Tocar!: ¡venga!, ¡venga!
¡Eh, Mirar! Poned los cinco
a esa desmandada riendas,
y vamos a ver si hace
todo aquello que yo quiera.

Oír.

Estamos ya reducidos
los cinco a las tres potencias
de su alma.

Oler.

Ya no somos
de nuestra naturaleza
sensual, sino de la suya
espiritual y eterna.

Gustar.

Hemos depuesto los odios.

Tocar.

No queremos más pendencia.

Mirar.

Es imposible igualar
la basura y las estrellas.

Deseo.

¿Qué decís? ¡También vosotros
bajo el yugo!: ¡qué vergüenza!
¿Sois vosotros los que ayer
sacabais las herramientas
a relucir contra él
en declaración de guerra?
¡Vosotros, los que pedíais
la igualdad y la cabeza
de todo rey! ¡Los que hicisteis
de reales frutas que eran,
republicanas granadas,
sustrayendo a sus altezas,
acotadas y sangrantes,
las coronas boquitiernas!
¡Vosotros, los que decíais
que las propiedades fuerzan
a hacer propias propiedades
si son propiamente ajenas!
(Señala al Hombre.)
¡Vosotros, que me llevasteis
a cultivar esta hacienda!,
¿os dejaréis cultivar
por la punta de su reja?
No tenéis nada de hombres:
no sois machos, que sois hembras.

Por detrás consentiréis
que os den sin pedir licencia.
Pero yo me vengaré
de todos. ¡Venganza!, ¡ea!
La revolución social
he de armar en cuanto pueda.
Voy a la *Urreseté*
a dar de todo esto cuenta:
alimentaré los odios,
movilizaré las fuerzas,
hoz y martillo serán
vuestra muerte y nuestro lema;
todas las malas pasiones:
la lascivia, la vileza
de la envidia, la ira roja,
la indignación roja y negra
y el rencor descolorido,
nuestra más firme defensa.
¡Ay de vosotros, esclavos,
que pasáis hambres sedientas
y no le quitáis el pan
al que lo tira a la acequia
antes que veros comer!...
Esperadme pronto, ¡yúecas!

(Al Hombre.)

Y tú, ¡tiembla!, porque aun
no sabes la que te espera.

(Se va con la boca retorcida.)

Escena III

Los mismos, menos el Deseo.

Hombre.

¡Llora, madalena, llora,
que contigo lloraré!

Carne.

Quien me ha visto y quien me ve!

Hombre.

¡Quien me vió y quien me ve ahora!

Oler.

Yo no me conozco.

Oír.

¡Estoy
yo tan otro!

Gustar.

¡Qué manera
de cambiar!

Tocar.

¿Soy quien era?

Mirar.

Miro ayer y no veo hoy.

Oír.

Y ¿hemos se seguir así
toda la vida?

Oler.

Yo creo
que, bien mirado, el Deseo
tiene razón...

Hombre.

¡Ay de mí
si entre vosotros fomenta
aún el Deseo! ¡Dormíos!,
quedaros, sentidos míos,
sin sentido, que no os sienta.
Duérmete tú, madalena,
también, mientras yo despierto
estoy. Con el ojo abierto,
me dais aflicción y pena.

Carne.

Ya la quietud me enamora.

Hombre.

¡Dormid! ¡Dormid!

Carne.

Dormiré...
¡Quien me ha visto y quien me ve!

Hombre.

¡Quien me vió y quien me ve ahora!

(Se duermen la Carne y los Cinco Sentidos.)

Escena IV

El Hombre, de nuevo solo.

(En la soledad interior y exterior de que está rodeado se confirma más y más en el estado de arrepentimiento y va pasando, sonámbulo espiritual, al de gracia.)

Hombre.

Día de la Ascensión
fué mi desgracia, Padre.

Te subiste a las altas
y me bajé a la carne.

Unico día festivo
del viento, holgaba el ave,
y a medio hacer, los nidos
cobaban soledades.

El aire iba y venía
silencioso a millares;
y cuando se quietaban
sus abanicos grandes,
parecía que Tú
te quedabas como antes
de hacer el mundo: Sólo
frente a tu misma imagen.

El almendro, alma en pie,
olía a eternidades.

¡Todo estaba de gracia!:
a los secos parrales
un cansancio de uvas
alhajaba de gratis.

La luz de los retiros
era un profundo examen
de conciencia del mundo,
mentidor de verdades.

En cruz al mediodía
todos los olivares,
manifestaron su hoja
cristiana hasta bien tarde.

¡Todo estaba de gracia!:
no se plantaba en balde
nada, ni en los baldíos,
nada, ni en los eriales.

Tú te subiste al cielo,
yo me bajé a la carne,
y (¡ay pobre yo de mí!)
espero que me saques
de donde estoy, y me lleves
donde quieras llevarme
para encerrarme en Ti
bajo cuarenta llaves.

Escena V

El Hombre; los demás dormidos y el Buen Labrador.

Buen Labrador.

A todo aquel que bien llora,
mejor lo consolaré.

Hombre.

(Sin reparar en el otro.)

¡Quien me ha visto y quien me ve!,
¡quien me vió y quien me ve ahora!

Buen Labrador.

Una mirada avizora
que nunca te abandonó:
el que te mira, te vió;
el que te ha visto, te ve
y te perdona.

Hombre.

(Reparando ya.)

No sé
quién eres.

Buen Labrador.

¡Alguien soy yo!
¡Llora, pobre criatura,
con un llanto de verdad,
que ya está tu enfermedad
en inminencia de cura!
Procura llorar, procura
limpiarte en ese cristal
de amargura manantial,
gota a gota, verdadera:
muchas goticas de cera
hacen un cirio pascual.

Hombre.

¿Quién eres?

Buen Labrador.

Un labrador
que fué pastor de ganado
no hace mucho demasiado
y que siempre soy amor.

Si tengo un ojo avizor
que se agranda, que se encona
contra espiga que aficiona
el cerriche o el gorgojo,
también tengo al lado un ojo
que comprende y que perdona.

Hombre.

¡Qué buen labrador!

Buen Labrador.

Mi afán,
mi ilusión tan sólo es
el dar mi cuerpo en la mies,
el dar mi vida en el pan.
Mi carne y mi sangre van
a quedarse en la cosecha:
mas si me dejo maltrecha
mi vida en las lomas duras,
¿no es gozo ver mis criaturas
con el hambre satisfecha?

¿No es gozo ver mi querida
prole con paz y sosiego,
aunque me niego y le entrego
mi vida como comida?
Más me daré mientras pida
más, y haciendo esta mercé,
como el hortelano, ¡ve!,
me pacifico, me siento,
que está en paz y está contento
cuando su huerto sin sé.

Hombre.

¡Qué buen labrador que eres!...
Si yo de los tuyos fuera.

Buen Labrador.

¡Vente conmigo a mi era
y lo serás si lo quieres!

Hombre.

¿Cómo aceptaré placeres
que no merezco aceptar?

Buen Labrador.

Como te los quiero dar:
sin pensarlo, ciegamente:
¡vente!, que vas a estar, ¡vente!,
a ¿qué quieres?, paladar.

Hombre.

Ciego, ¿quién será mi guía
para pasar los rastrojos?...
¿Llevaré bajos los ojos?

Buen Labrador.

No: llenos de luz del día.
Que puede ser cobardía
no mirar para no ver:
hay que mirar y querer
no ver sino lo que digo:
detrás de la paja hay trigo,
y detrás ¿qué puede haber?

Hombre.

¿Qué puede haber, labrador?

Buen Labrador.

Ten fe y darás en el quid:
¿no crees tú que tras la vid
puede estar el viñador?
¿No le deja en la labor
su vida en sudor rendida,
¡toda su sangre exprimida!
de la cabeza a los pies?
Y ¿no crees tú, hombre? ¿no crees
que aquel que da vid da vida?

Hombre.

No adivino, no adivino.

Buen Labrador.

Ni el vino es vino, ni el pan
es pan. ¿Siempre llamarán
al pan, pan, y al vino, vino?

Hombre.

¡Labrador!, ¡que pierdo el tino!

Buen Labrador.

Para que atines lo soy.

Hombre.

¡En qué laberinto estoy!...
¿Por qué tu trigo me afana?

Buen Labrador.

Porque a mí me da la gana
y porque a ti te la doy.
Criatura, ¡atortolaté!,
y ven conmigo a mi era,
que es y ha sido lo que espera
que seas tú y yo me sé.
La ceguera de la fe,
que alumbra más que dos soles,
sus tenebrosos faroles
en tu aventura pondrá.

Hombre.

¡Sí!: ¡ya veo un poco, ya!
¡Ya voy a que me atortoles!
(Echa a andar hacia la carretera.)

Buen Labrador.

Por aquí tus pasos guía;
por ahí no irás: ¡espera!
(Lo conduce a la vereda.)

Hombre.

Más ancha es la carretera.

Buen Labrador.

Pero la senda es más mía.
Calza esa estrechez en vía
de anchuras más venturosas:
empezando por las rosas
a espinas vas a parar...
Y ¡por fuerza te han de dar
algún trabajo mis cosas!

Algún difícil empleo
donde contemple mejor,
más evidente, el amor
que en ti para mí ya veo.
Ve por ahí: lo deseo.

Hombre.

Hay tanta y tanta distancia,
¡ay, tanta!, de aquí a mi infancia
y a tu campo, labrador.

Buen Labrador.

Para eso quiero tu amor:
para la perseverancia.

¡Anda! Toma esa vereda
y que te tome ella a ti;
verás cómo por ahí
el polvo en el polvo queda.
No levantan polvareda
tus pisadas al venir
seguro, al seguro ir
lazarillo de tu pie:
con ella conducete
y déjate conducir.

Hombre.

¡Ay, Dios! ¡Qué difícil es
llegar hasta tus estados!

Buen Labrador.

¡Ay, criatura! ¡Qué obstinados
quiero para eso tus pies!

Hombre.

¿Y si cansados después
me dejan en la mitad?

Buen Labrador.

Mientras tengas voluntad
que te ayude en la demanda,
como yo te digo: ¡anda!,
dirás a tus pies: ¡andad!

(Se van los dos por la vía costosa, dejando en paz y en sueño purificativos a los Cinco Sentidos y la Carne.)

FASE POSTERIOR

El Campo del Buen Labrador: viña a punto de ser recolectada y rastrojos en espera de ser barbechos. A un lado, un monte de trigo, y a otro, un pino con la impaciencia del aire y unas cigarras soleadas sobre su verdor paciente. Habrá un ruido de trillos y de mieses recorridas y trabajadas, como de una era vecina. De vez en cuando, el Campesino (persona nueva) se llevará haces de cosecha a la era. En una rama del pino habrá una cántara colgada, como una tórtola tierna en la horca.

Escena I

El Hombre, los Cinco Sentidos y el Campesino (trilladores), cantando en la faena y dentro. A algunos se les nota en la canción el temblor de los dientes de los trillos y su transcurso sobre la parva.

Un Sentido.

(El que sea.)

¡Aire, Santelmo, aïre!
para la avienta,
que se lleve las pajas
a la pajera.

¡Aire, Señor!;
que sin aire, las eras,
eras no son.

Otro Sentido.

Que lo que va, se vaya
de vuelo pronto:
las granzas a las granzas
y el polvo al polvo.
Y que se queden
los granos: lo que vale,
lo que es de siempre.

Otro Sentido.

Al aire, al aire, al aire
(riá, Segoviana).
Al aire, al aire, al aire
de la mañana.
Me voy al aire,
que está la tierra toda
llena de baches.

Otro Sentido.

Molino: al que pregunte
qué es lo que haces
con los brazos cruzados,
di: ¡Espero al aire!
Al aire fino.
que viene por la Mancha
ya de camino.

Otro.

¡Lucera!, ¡Capitana!,
¡riá, más ligeras!,

que canta la cigarra
y el sol canea.
Y bajo el sol,
el aire va buscando
colocación.

Escena II

Salen: el Hombre, con una horca de aventar en la mano y limpiándose el sudor; el Campesino y los Cinco Sentidos. Se sientan todos en rolde bajo la umbría del pino, después de haber bebido agua algunos. Y se ponen a gozar de la paz y el silencio que mana en abundancia de los alrededores callados.

Oír.

¡Qué sed tengo!

Mirar.

(Cuando ha bebido él.)

Bebe, amigo.

Oler.

¡Qué viento!

Gustar.

¡Qué maravilla
de paz!

Tocar.

¡Qué parva y qué trilla!

Hombre.

¡Qué olor a Dios echa el trigo!

Yo alabo al buen labrador
que a este retiro me trajo,
y aquí, si me da trabajo,
me da sosiego y amor.

Ante esta luz descansada
no es posible que no pueda
desear lo que me queda
para la cabal jornada.

¡Qué anchura tiene aquí el día
para rodar por la altura!:
¡qué grandiosidad de anchura
de Dios, de la tierra y mía!

¡Qué capacidad de vuelo
tiene aquí el ave süave!:
la gracia visual, el ave
ya capaz de todo el cielo.

Soledades de labranza
y silencios de labor...
¿Cómo me dió el labrador
tanta bienaventuranza?

Campesino.

Más que labrador, debiera
llamarse señor de aquí,
que el señorío advertí
debajo de su pechera.

Para mi corta razón,
debe estar enamorado,
porque anda un poco inclinado
del lado del corazón.

Y en el sereno reposo
de su sentido visivo,
se le ve un gesto muy vivo
de sufrimiento gozoso.

A mí se me representa
Señor del vino y la mies;
y señor es todo el que es,
no todo el que lo aparenta.

Campesina es su color,
su vida, sus aficiones:
pero todas sus acciones
son de altísimo señor.

Esconde lo delicado
debajo de lo gañán...
Ayer por darme a mí pan
lo quitó de su bocado,

y además me dijo... (creo
yo que me lo dijo así):
No te regatees a ti,
que yo no me regateo.

Luego, se marchó de prisa
a proseguir su labor,
y yo le noté el señor
por detrás de la camisa.

Y en la estatura gentil
labrada sobre un otero,
un mucho de caballero
tras un poquito de vil.

Y cuantimás, cuantimás
lo miraba, más veía
lo que verle no podía
porque lo lleva detrás.

Gustar.

Lo que la vista no alcanza
lo alcanzarán fe y fervor.

Campesino.

Pues, como ésta, el labrador
es cosa de adivinanza:

(a ver quién la acierta):
estoy en la parva,
me pisan las bestias,
los hombres me pasan,
y me llenan todos
de lodo y de faltas.
Paja es mi colchón,
pesebre mi cama,
pero cosa buena
toda mi sustancia.
Redondo en el grano,
redondo en la garba,
redondo en la era,
redondo en la casa,
redondo en el horno
y en la mesa blanca.
¡A ver quién acierta
esta adivinanza,
que en redondo empieza
y en redondo acaba!

Aquel que me acierte,
solo en mi compaña
comerá hasta hartarse
de un pan que no harta.

Oler.

¡Trigo candeal!

Campesino.

¿Lo digo?

Hombre.

¡No lo digas!: lo diré
yo, si decírtelo se:
¡es Dios, asunto del trigo!

Campesino.

Has puesto a Dios en su punto.

Mirar.

¿Es Dios?

Gustar.

¿Es Dios?

Campesino.

Sí; Dios es.
Mira la era: ¿no ves
cuánto trigo y Dios en junto?

Tocar.

¡Qué asunto más peregrino!,
¡demontre!

Oler.

¡Divino asunto!:
lo divino siempre a punto
de ser de pan y de vino.

Campesino.

Es tan bueno, que es de pan;
tan divino, que es de-vino.

Hombre.

Y esos bienes, campesino,
¿en qué lugares los dan?

Campesino.

¿Es que nunca los comiste?

Hombre.

¡Nunca!

Campesino.

Pues vete a la aldea,
que a nadie se regatea,
mañana que es *Corpus Criste*.
Allí de uno te darán;
lo menos doscientas veces
(sin contar de mis niñeces)
he comido yo aquel pan.

Vete a la aldea mañana
cuando la primera misa.
¡Verás qué gozo y qué risa
mueve la gente aldeana!

Verás la plaza cubierta
de alábegas y jazmines,
y un altar de colorines
y de Dios, en cada puerta.

Y quedando de tal suerte,
si tu marcha no se aplaza,
verás la Vida en la plaza
y no en la Plaza la muerte.

En cada esquina un cordón
de pólvora alborotada,
de cielo, y el cura, en cada
dátil una bendición.

Las campanas tocarán,
y dándote el parabién,
dirán las unas: ¡ven!, ¡ven!,
mientras las otras: ¡van! ¡van!

Las mujeres aldeanas
gritarán con alborozo
viendo su gozo en su pozo,
¡ya todas samaritanas!

Y meneará con pesar
su alta cabeza la mies,
de ver que harina aún no es
que a Dios lleva en su lugar,

cuando entre cuatro varales
pase, dándole de lleno
el sol que lo hace moreno,
lo mejor de los trigales,

bajo una tela escarlata
y una sombra sin color,
de espigas el interior
y el alrededor de plata.

Y en medio de aquel disfraz
de cristal, de plata y trigo,
mormurará: ¡Paz, amigo!,
y todo has de hacerlo en paz.

(Se duermen los Cinco Sentidos y el Campesino.)

Escena III

El Hombre; los Cinco Sentidos y el Campesino en sueños; el Buen Labrador.

Buen Labrador.

A la paz de Dios, hermano.
¿Se reposa?

Hombre.

Se reposa.

Buen Labrador.

¿Cómo va en la era la cosa?

Hombre.

Ya está casi limpio el grano,
pero aún queda alguna paja
que el cedazo verá luego.

Buen Labrador.

¿Se trabaja con sosiego
y con amor?

Hombre.

Se trabaja.

Buen Labrador.

Así sirve de provecho;
hoy vengo yo enamorado
de renovar con mi arado
las llagas de aquel barbecho,
para el próximo setiembre
sembrar la avena y el trigo;
que ya el refrán dice, amigo,
Quien tenga trigo que siembre.

(Saca un pan del pecho.)

¿Quiéres tú comer conmigo
de este trigo sanjuanero
y de este pan?... Es que quiero
sembrar, yo que tengo trigo.

Hombre.

Y yo hambre; comeré...

(Va a comer el pan que el Buen Labrador le ofrece.)

Pero, ¿cómo yo?, Señor...

(Al mirarle la cara, se le revela la Verdadera Persona en toda su grandeza.)

Buen Labrador.

¡Come y calla!

Hombre.

Un pecador...

(Se levanta transfigurado de humildad y fe.)

De rodillas, no de pie...

(Cae ante el Buen Labrador con un gesto hambriento del pan que le ponen en el pico.)

Escena IV

El Buen Labrador, el Hombre; los Cinco Sentidos y el Campesino dormidos hasta que yo diga, y la Carne, que viene despavorida y con el vestido alado de lumbre.

Carne.

¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Socorro!
¡Que ardo viva! ¡Que ardo viva!
¡Que arde el campo! ¡Que arde el monte!
¡Que arden la mies y la viña!
¡Salvadme pronto! ¡Sacadme
de este infierno de mí misma!

Buen Labrador.

¿Qué es esto, mujer?

Hombre.

¿Qué es esto?

(Aplacan entre ambos las llamas que maltraen a la Carne. Despiertan los dormidos.)

Mirar.

¿Quién me despierta?

Oler.

¿Quién grita?

Oír.

¿Quién se quema?

Tocar.

¿Quién se enciende?

Gustar.

¿Quién se pierde?

Campesino.

¿Quién peligra?

Carne.

¡Todos peligramos!, ¡todos
nos perdemos en seguida!,
¡todos nos achicharramos!...
¡Ay! ¡Que el Señor nos asista!
¡Mirad hacia allí, mirad!
¿No veis venir cuesta arriba,
carretera abajo, un bulto
de personas, no, de ira,
de rencorosas miradas,
de llamaradas que atizan
odios, de resentimientos,
de manos que armadas brillan,
de frentes que piensan poco,
de plantas que recio pisan,
de hoces, de hachas, de martillos,
de garrotes y corvillas?...
¡Son el Deseo y los suyos!:
solicitan nuestras vidas.
A su paso por el campo,
van dejando mal heridas
las soledades, cadáveres
el silencio y las encinas,
imposibles los pinares,
las oraciones marchitas,
las cosechas malogradas,
y de amapolas sanguíneas

rebosantes los aljibes,
y las eras de cenizas.
Al verme a mí, cuando estaba
recogiendo las espigas
que dejan los segadores
por los rastrojos perdidas,
de las mechas me cogieron,
me dejaron en camisa,
después en menos aún:
desnuda y en carne viva,
y en mí todos, uno a uno,
aplacaron su lascivia,
y me mandaron aquí,
como una falla, encendida,
como una mora, encarnada,
y como una puta, indigna,
a que os dijera lo que
no quiere el alma que diga
ni la lengua, y ésta se ata
y aquélla se atemoriza.
¡Huyamos! ¡Huyamos todos,
y que el Señor los maldiga!

Oler.

¡Huyamos!

Mirar.

¡Huyamos pronto,
que si nos cogen, nos pican!

(Huyen, corriendo miedosos, la Carne, los Cinco Sentidos y el Campesino.)

Escena V

El Buen Labrador y el Hombre.

Hombre.

Señor, no me desampares.

Buen Labrador.

¿Te asusta la perspectiva
de la muerte?

Hombre.

Es flaco el cuerpo.

Buen Labrador.

Es preciso que resistas
un pensamiento de muerte
lo mismo que uno de vida.
Ésta está detrás de aquélla,
un sabio ya lo decía,
y que no querer morir,
y querer, es cobardía.
Por tanto, te dejo solo
(la prueba es definitiva).
Voy a cuidar que no arrasen
esos bárbaros las viñas
y el trigo... Piensan que dan
abasto a Dios, y su ira
no ve que aun no acabo en pan
y ya comienzo en semilla.

(Se va.)

Escena VI

El Hombre (otra vez solo).

Hombre.

¿Morir?... ¿Podré resistir
tamaño acontecimiento,
o moriré en el momento
en que me vaya a morir
de pena y de sentimiento?

¡Morir!, ¡morir!... No quisiera
morir para siempre, no...
¡Espérate, muerte!, ¡espera!,
¡y déjame que me muera
cuando te lo pida yo!

No quiero, no puedo verte
este instante de mi vida.
¡Ay! Que tu hielo me impida
cuando con ansias de muerte,
muerte, la muerte te pida.

Pero ¿por qué no es ahora,
si al fin sentiré tu frío!...
¡Ay mal pensamiento mío,
que reconcome y devora
más que una orilla de río!

Sea, Señor, cuando quiera
tu poder: a él me sujeto.
¡Si toda mi vida espera,
alerta, mi calavera
apoyada en mi esqueleto!

A punto está la corrida:
y en el momento de verte,
toro negro, toro fuerte,
estoy queriendo la vida
y deseando la muerte.

¿Seré yo como el peón,
que invita al toro a embestir,
y en cuanto le ve venir
teme y huye la ocasión
valerosa de morir?

¡Clávame la espada fina
ya, Señor, si es de esta suerte
la hora lejana y vecinal:
¡con qué lentitud taurina
estoy viviendo mi muerte!

Escena VII

El Hombre, y el Deseo, que entra armado con una hoz y seguido de varios grupos de los siete pecados capitales, con martillos, garrotes y teas encendidas en los puños.

Unos-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Deseo.

(Burlón como un torero.)
¡Al fin te veo,
hombre!

Otros-cuantos-de-un-grupo.

¡Que muera el ladrón!

Deseo.

Deseaba esta ocasión,
como todo lo deseo:
¡con todo mi corazón!

Unos-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Otros-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Deseo.

¿Sabes a lo que he venido?

Hombre.

Lo sospecho.

Deseo.

¿De manera
que no temes que te hiera?...

Hombre.

Estoy hace tiempo herido.

Bienherido estoy: me hirió
quien me hirió y se hirió, y quedé
tan bien malherido, que
no puedo curarme, no,
hasta que a su lado esté.

Deseo.

¿Quién es ese *quién,* que hiere
y la curación provoca?

Hombre.

Alguien cuyo nombre quiere
decir: ¡Todo!, y que se muere
por pronunciarlo mi boca.

Deseo.

No prosigas: ¡no prosigas,
que mi paciencia no es mucha
y adivino a quién te ligas!
¿Quisieras con las espigas
arder tú?... ¿No?... Pues escucha

(tengamos la guerra en paz):
pásate a nuestro partido,
viviendo como has vivido
hace poco, mi secuaz,
y no temas...
¿Me has oído?

Hombre.

¡Sí!

Deseo.

Y ¿qué dices?

Hombre.

Que no anhelo
más que lo que cielo encierra.

Deseo.

¿Eres ave?

Hombre.

¡Ansias de vuelo
tengo!

Deseo.

Pero ¿cómo cielo
anhelas tú, si eres tierra?

Te pareces mucho a un ave
del huevo recién salida:
la gravedad de su vida
no sabe aún que no sabe
estar a lo leve asida.

Sólo tiene vocación:
por eso al probar el vuelo,
del nido va a la extensión
del viento, y (sin remisión)
del viento se viene al suelo.

Hombre.

¡Yo podré!

Deseo.

¡No podrás nada!:
¡nada! ¡Mentira!, ¡mentira!
Mira que te mato; mira
que toda esta gente armada
está conteniendo su ira.

Unos-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Otros-cuantos-de-un-grupo.

¡Muera! ¡Muera!

Deseo.

¿Qué dices?

Hombre.

¡Nada más digo!

Deseo.

¿No? Pues ¡escucha!: ¡¡a la era
con él!! ¡Haced una hoguera
en ese monte de trigo!

(Se llevan al Hombre entre todos los grupos de los siete pecados capitales, a empujones, hacia el lugar donde se situó imaginariamente la era. En seguida se verá un resplandor de cosecha que empieza a arder, que se agrandará de grado en grado. Un griterío de mil demontres de los de los grupos se propagará con el furor de la hoguera. Las sombras de algunos saldrán largas y gesteras a la escena, desde donde el Deseo contempla y ordena rey.)

Deseo.

¿No quieres gustos, placeres
que te alegren el camino
hasta la muerte?... Prefieres
cielo... Pues, aunque no quieres,
¡toma el infierno!, ¡¡cochino!!

A él en la tierra te entrego,
y así conocerás dos:
uno ahora y otro luego.
¡Dadle fuego!, ¡dadle fuego!,
y que se quede con Dios.

(En decir esto, se irá como yendo, y entre el vocerío de los de los grupos y el temblor copiado en todo el Campo de la hoguera brillante, acabará todo.)

Fin del Auto sacramental.



CRUZ Y RAYA

Ediciones del árbol



«Y será como el árbol plantado junto a arroyos de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.»

Psal. I, 3.

Poesías

de

Gil Vicente



Cruz y Raya

Ediciones del árbol.

1934

JOSÉ BERGAMÍN

LA CABEZA A PÁJAROS



Cruz y Raya

Ediciones del árbol

1934

Introducción a la literatura española del siglo de oro

POR

KARL VOSSLER

(lecciones leídas en la Universidad de Verano, Santander, 1934.)

Introducción y programa de la literatura española

POR

MARCELINO MENENDEZ PELAYO

La publica MIGUEL ARTIGAS

EL ACABOSE
del año y nuevo de 1934



CRUZ Y RAYA
para todos
MADRID

JOSÉ SANCHEZ RODRÍGUEZ

ANEMIAS Y ALIMENTACIÓN

EL PRINCIPIO ANTIANÉMICO DEL HÍGADO Y LOS FACTORES CUALITATIVOS DE LOS ALIMENTOS

(VITAMINAS, AMINOÁCIDOS, HIERRO Y COBRE)

PRÓLOGO

DE

GREGORIO MARAÑÓN

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

RAFAEL ALBERTI

POESIAS
1924-1930

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

JORGE GUILLÉN

CÁNTICO

AL AIRE DE TU VUELO
EL PÁJARO EN LA MANO
PLENO SER

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

PABLO NERUDA

RESIDENCIA EN LA TIERRA

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

GIL VICENTE

TRAGICOMEDIA DE DON DUARDOS

Editada por Dámaso Alonso.

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

REVISTA DE OCCIDENTE

PUBLICACIÓN MENSUAL

Director: **José Ortega y Gasset**

Secretario de Redacción: **Fernando Vela**

Av. Pi y Margall, 7 (segundo trozo Gran Vía) Apartado 12206

MADRID

SUMARIO DEL MÚM. CXXXIII

(julio de 1934)

Carl Gebhardt: *León Hebreo; su vida y su obra* (continuación) - Pablo Neruda: *Alberto Rojas Jiménez viene volando* Jaime Torres Bodet: *Despertar* - Angel Sánchez Rivero: *Las nacionalidades.*

NOTAS.—Benjamín Jarnés: *Hermes, de fiesta* - Antonio Espina: Jean Camp: *Sancho* - Antonio de Obregón: *Conversaciones atribuídas a Oscar Wilde.*